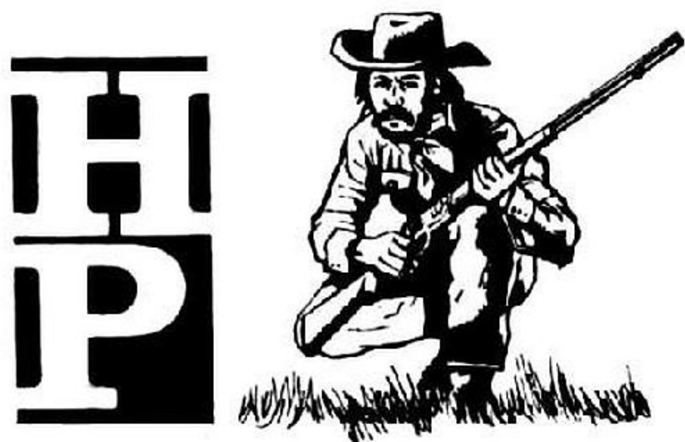


Silver KANE

HERMANO APACHE



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

HERMANO APACHE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 483
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 6176-1979

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición, abril, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

Capítulo primero

LA LLANURA MUERTA

El *sheriff* Russell y sus tres ayudantes cabalgaron al trote largo por la llanura interminable, salpicada aquí y allá de colinas pedregosas. Aquéllas eran las viejas tierras de caza de los apaches, las llanuras hasta las que antes descendieron los bisontes y en las que no quedaba ya ni rastro de un piel roja.

Bueno… ¿Ni rastro…?

El *sheriff* Russell murmuró:

—¡Mirad, allí!

—¡Y allí!

—¡También allí!

Allí, allí y hacia el Sur… Todo aquello eran restos de ranchos incendiados. Pequeños ranchos de unas cincuenta hectáreas cada uno, establecidos en lo que había sido tierra apache. Ahora, las reses habían sido robadas, las cosechas incendiadas y los edificios destruidos. Una oscura mancha de desolación, de muerte, se extendía sobre toda aquella faz de la tierra.

El *sheriff* masculló:

—Es espantoso…

—¿Y qué diablos ha estado haciendo el ejército? —preguntó uno de sus ayudantes—. ¿Dónde están las tropas?

Otro de los jinetes hizo caracolear a su caballo y volvió grupas prontamente.

—Las tropas no sé dónde están, amigos, pero algunos soldados están aquí. Miren.

En un hoyo había cinco hombres. Los cinco estaban cosidos a

balas de rifle y a machetazos. No les habían arrancado las cabelleras porque aquélla era ya una práctica anticuada, una práctica de cuando los indios eran libres y no habían sido encerrados en las reservas. Pero sus uniformes azules empapados en sangre, casi no se reconocían.

El *sheriff* barbotó:

—Debe haber más por ahí… Son los restos de la Compañía Barton. Toda una compañía de infantería deshecha…

—Pues eran soldados aguerridos y veteranos. No entiendo cómo los han atrapado en esta ratonera.

—Porque los apaches también son veteranos y aguerridos —dijo pensativamente el *sheriff* Bussell—. Ya estoy viendo lo que sucedió. Mientras un grupo de ellos mantenía a los soldados inmovilizados aquí, otro grupo les flanqueó y se lanzó al asalto. No hay cadáveres apaches porque se los habrán llevado, pero supongo que bastantes de ellos caerían también. Habrá sido una carnicería…

Señaló hacia un desnivel del terreno, y se dirigió hacia allí al trote corto.

—Mirad.

Como había supuesto, allí estuvo la línea principal de resistencia de la infantería. Los soldados yacían muertos, mientras parecían apuntar a todas direcciones, lo cual indicaba que habían sido cercados. También los cadáveres aparecían cosidos a machetazos.

Russell musitó:

—Esta vez los apaches han sido más listos. Su maniobra no la hubiese mejorado un coronel salido de West Point. Eso, a mi entender, sólo puede significar una cosa.

—¿Cuál, *sheriff*?

—Que vuelve a dirigirlos Águila Negra. Sólo él puede dirigir a sus hombres con esa pericia.

—Pero eso es imposible… Águila Negra estaba en el penal de Yuma…

—Se habrá evadido. No todos los que entran en Yuma se pudren allí. Algunos escapan.

—¿Cree posible que?…

—Sí, estoy seguro de que ha sido él.

Los hombres miraron con estupor los ranchos incendiados, las pilas de cadáveres, las nubes de humo que se iban elevando hasta el

infinito…

Aquello era otra vez la guerra, la sangrienta guerra apache.

Russell se echó el sombrero hacia atrás.

—No podemos perder ahora el tiempo en enterrar a los muertos —dijo—. Hay algo más urgente, que es avisar al coronel Churchill.

Y volvió grupas. Sus hombres le siguieron.

Sobre la llanura, en el silencio del anochecer, parecían agigantarse las llamas de los incendios.

Había reunión por todo lo alto en el despacho del coronel Churchill. Estaban los principales rancheros de la comarca amenazada, los concesionarios de la línea del ferrocarril, los jefes del Estado Mayor y los antiguos administradores de las reservas indias que se habían puesto en pie de guerra.

Churchill todavía era un hombre joven. Había hecho una brillante carrera militar, y había venido a las tierras indias porque en ellas se obtenían ascensos fáciles. Cuando llegó, ya se vio con las estrellas de general, pero ahora se daba cuenta de que no era tan sencillo.

Paseaba como un león enjaulado, con las manos a la espalda, la cabeza hundida, la mirada fija siempre en el mismo punto de la habitación.

Al fin se volvió y señaló a Philipson, su jefe de operaciones.

—¿Así hemos de confirmar que Águila Negra se fugó de Yuma? —preguntó.

—Sí, mi coronel. Desgraciadamente ese hombre vuelve a estar libre otra vez. Viajó hasta la reserva, puso a sus hombres en pie de guerra, y ya ve los resultados.

—¿Qué edad debe tener ahora Águila Negra?

—Es muy joven.

—Pero concretamente, ¿cuántos años ha cumplido?

—Treinta y tres.

El hecho de que un hombre más joven que él tuviera en jaque a todo su ejército, y lo estuviera derrotando en muchos puntos, humilló a Churchill. Por eso, apretó los puños y masculló:

—He de verlo colgado en el centro mismo del patio de armas. Juro que lo veré.

Manson se acarició la barba.

Manson era el ranchero más viejo de la comarca, y conocía el

paño mejor que cualquier coronel. Estaba allí desde hacía veinticinco años, cuando Águila Negra aún no había empuñado un rifle.

—Perdone, Churchill —dijo— pero ¿qué piensa hacer?

—Pediré refuerzos y acordonaré la zona. No pasará ni un caballo sin tener en regla sus documentos de identidad.

—No es la medida más adecuada, coronel. Churchill le miró con ira.

—¿Por qué? ¿Qué entiende usted de eso, Manson?

—Conozco a Águila Negra y a sus hombres. Muchos de ellos han trabajado en mi rancho. Y el propio Águila Negra se ha sentado a mí mesa muchas veces, cuando todavía era un niño.

—Eso significa que quizá usted lo mire con simpatía, ¿no?

—Ni con simpatía ni con antipatía. Sencillamente, ahora estamos cada uno a un lado de la barricada, pero no siempre ha sido así. Hubo años, en las épocas de hambre, cuando la caza no abundaba, en que los apaches bajaban a los ranchos de los hombres blancos a pedir trabajo. No vacilo en decirle que los explotábamos. El propio Águila Negra llegó a partir un carro entero de leña por un plato de comida. Y luego no fue para él.

—¿No fue para él? ¿Qué quiere decir?

—No. Se lo dio a uno de sus hombres, que estaba enfermo y no podía trabajar. Cuando él se alejaba ya del rancho, lleno de sudor y sin haber probado un mendrugo, yo lo llamé. Fue ésa la primera vez que se sentó a mí mesa. Yo le pregunté por su edad, y murmuró: «Señor, acabo de cumplir los doce años».

Churchill miró a Manson casi con ira. Le humillaba que ensalzaran a su enemigo. No comprendía que para él era un honor luchar, no contra un miserable, sino contra un auténtico guerrero.

—Cállese, Manson —dijo—. Y no quiero que esos rumores circulen entre mis hombres. Ellos deben tener a Águila Negra no como un héroe, sino como una rata.

—De acuerdo, coronel. Pero ¿qué piensa hacer?

—Ya se lo dicho. Y por otra parte, enviaré columnas, a manera de punta de lanza, contra las posiciones fuertes de los apaches.

—Tampoco se lo aconsejo, coronel. Sus hombres caerán en una trampa tras otra. Los rancheros empleamos a veces esa táctica, y siempre nos fracasó.

Churchill se encogió de hombros.

—De acuerdo, puede que eso falle, pero en ese caso, emplearé a un solo hombre para que mate a Águila Negra. Liquidado él, la rebelión india se irá al infierno.

—¿A qué hombre se refiere, coronel? Para intentar eso, tiene que ser un superdotado.

—Lo es. Se trata de un verdadero profesional de la muerte.

—Pero ¿quién?

—Quizá lo haya oído nombrar. Se llama Kerrigan.

Manson palideció.

Su mano, con la que iba a acariciarse otra vez la barba, tembló en el aire, mientras susurraba:

—¿Kerrigan? ¡No sea loco! ¡Llame a cualquiera! ¡Llame a todo el mundo, menos a ese hombre!

—Pero ¿por qué?

—¡Águila Negra luchará como un perro rabioso, si sabe que Kerrigan está aquí! ¡No se rendirá jamás! ¡Peleará a muerte, mientras le quede una gota de sangre en las venas!

Churchill hizo un gesto de impaciencia.

—¡Hable claro de una maldita vez, Manson! Todo eso… ¿por qué?

Manson dijo con un soplo de voz, mientras miraba hacia un punto imprecisable de la estancia:

—Porque Kerrigan ultrajó y mató a una hermana suya.

CAPÍTULO II

LA CIUDAD FANTASMA

Cuando Pamela Winter llegó a la ciudad, le pareció estar viviendo una especie de maldito sueño. Aquella tierra no era la que había visto en algunas fotografías y le habían descrito como llena de vida, de actividad, de riqueza. Aquella tierra la habían cambiado. No podía ser la misma.

Miró por la ventanilla de la diligencia y musitó:

—Dios santo…

La calle estaba completamente vacía. Las ventanas estaban cerradas. Algunas puertas eran batidas por el viento, lo cual indicaba que no había nadie en las casas. Las sillas que había en el porche del saloon yacían derribadas. En la misma casa de postas no había más que un empleado, un viejo chivo, que apenas podía arrastrar su pata coja.

Pamela Winter miró a su secretario.

El secretario era un tipo de unos cincuenta años, un viejo hurón de biblioteca, que se había pasado la vida archivando legajos en el Congreso de Estados Unidos.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó la muchacha.

El secretario recitó como una cotorra:

—Estamos en Lander, población de cinco mil habitantes, con floreciente agricultura, dos hoteles, tres saloons, varias industrias de derivados del cuero y hasta una incipiente minería. Se dice que aquí hay mercurio.

La muchacha se pasó dos dedos por los labios.

—Eso es lo que dirán los libros en la biblioteca del Congreso,

Spencer. Pero yo te aseguro que aquí no hay nadie. Ni cinco mil habitantes, ni saloons, ni hoteles, ni industria… ni… ¡ni su tía!

—No debe hablar así, señorita Pamela. Usted debe recordar que viene de Washington, aunque ahora estemos en el Oeste.

—¡Pero si es que no entiendo hada!

—Mejor será que baje y pregunte. Al fin y al cabo, usted ha venido aquí para informarse. Le dirán alguna cosa.

—De acuerdo, Spencer. Preguntaré.

Y la chica abrió la portezuela y se dispuso a bajar del carruaje.

Alzó bastante la falda para no enredarse con ella. Menos mal que no había nadie en la acera. Sólo el viejo chivo.

Y aun así, ya fue bastante.

Porque el viejo chivo lanzó un grito y corrió hacia ella. Menos mal que era cojo, y se quedó a mitad de camino, de lo contrario, hubieran rodado por el suelo los dos, tan entusiasmado estaba el tío.

De todos modos, desde el suelo, gritó:

—¡Qué señora! ¡Qué piernas! ¡Qué tía!…

El mayoral de la diligencia gritó:

—¡Oye, tú, besugo!

El viejo chivo alzó la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Es que uno no puede entusiasmarse ni cuando ve unas bonitas piernas? ¿Qué quieres, berzotas? ¿Que mire las tuyas?

—¡Eres un cafre! ¿Sabes quién es esa chica?

—¡Una tía estupenda!

—¡Es el miembro más joven del Congreso de Estados Unidos! ¡Acaban de elegirla!

—¿Quién has dicho que es?

—¡El miembro más joven del Congreso de Estados Unidos!

—¿Y qué es eso? ¿Un *ballet*? ¡Estupendo! ¡Ya era hora de que llegaran chicas alegres a la vieja tierra india!

—¡No es un *ballet*, burro! ¡El Congreso es lo que manda en este país! ¡Ni el propio presidente puede meter allí baza!

El viejo se puso en pie poco a poco.

—De acuerdo, señorita. Yo no sabía que en este país mandara alguien, pero si el mayoral lo dice… Le presentó mis respetos, aunque sigue usted teniendo unas piernas de alivio.

—Gracias, buen hombre.

—Ni buen hombre ni nada. Si la pillo a solas, se acuerda usted de mí.

Ella hizo un mohín que indicaba desprecio.

Y miró, confundida, a su secretario Spencer.

Pero Spencer se encogió de hombros con un gesto expresivo, como si dijera: «Usted quiso venir aquí, ¿no? ¡Pues aguántese!».

Pamela indicó al mayoral que podía descargar su equipaje.

Y mientras el hombre lo hacía, ella susurró:

—¿Quiere decirme qué pasa en esta tierra? ¿Por qué he sido yo la única pasajera de esta diligencia?

El mayoral arqueó una ceja.

—¿No sabía usted que iba a venir sola?

—No.

—Pues podía haberlo imaginado. Yo creí que estaba usted enterada. Esta tierra ha quedado desierta.

—¿Por qué?

—Oiga, señorita Winter… ¿a qué la ha enviado a usted aquí el Congreso de Estados Unidos?

—A hacer un viaje de información sobre las nuevas tierras del Oeste. Pero no creí que pasara nada especial.

—Pues pasa. ¡Vaya si pasa! ¿No ha oído usted hablar de la revuelta india?

—Ni palabra. Hace días que no llega a mis manos ningún periódico, porque no he podido parar en ningún sitio. Es aquí donde pienso enterarme de todo.

—Pues vaya enterándose, señorita Winter. La ciudad de Lander está en pleno corazón de la revuelta india. Hasta ahora no ha sido atacada, sino sólo los ranchos de los alrededores, pero nadie garantiza que no se presente aquí, dentro de diez minutos, una manada de jinetes apaches. ¿Y qué tenemos para defendernos? ¡Nada! El ejército aún no ha recibido refuerzos, y el jefe de la zona, el coronel Churchill, tiene que cubrir tantos sitios a la vez, que nos ha dejado desguarnecidos. Su único consejo ha sido que la gente evacué la ciudad. ¡Y ya lo ha hecho!

Mostró las calles vacías, las casas abandonadas y hasta el saloon cercano, con algunos cristales rotos ya y con las batientes oscilando a causa del viento.

—¿Sabe la única cosa buena que nos ha traído todo esto,

señorita Winter? ¡Pues que en los saloons abandonados hay toneladas de bebidas! ¡Y no hace falta pagar ni un centavo!

Desde el interior de la diligencia salió la voz de Spencer, que acababa de colocarse las antiparras:

—¡Bebidas! ¡Uf! ¡Qué asco!…

El mayoral señaló hacia atrás.

—¿Quién es ese pajarraco?

—Mi secretario.

—Pues póngale un bozal y que se calle. Si me fastidia, soy capaz de ahogarle dentro de un barril de *whisky*.

La muchacha arqueó con desafío una ceja.

—Si todos los mayorales de la diligencia son igual, estoy arreglada… Pero, dígame: ¿quién se ha sublevado?

—Un apache llamado Águila Negra.

—No puede ser… ¡estaba en Yuma!

—Pues ya no está allí, señorita. ¡Se largó! Ahora podría estar en cualquier sitio, por ejemplo detrás de aquella ventana, pensando en arrancarme la cabellera —se quitó el sombrero, y entonces Pamela vio que era calvo como una bola de billar—. Bueno, el caso es que aquí no quedan ni las ratas. ¿Dónde va a alojarse usted, mientras permanezca en Lander?

—Supongo que funcionará algún hotel.

—Bueno, puede que en el México quede alguna vieja criada. Vaya allí. Pero yo, en su lugar, me largaría cuanto antes de Lander. Mañana haremos el último servicio normal de diligencias y luego… ¡abur! Esto quedará incomunicado. De modo que tiene veinticuatro horas para pensarlo.

La muchacha dijo con decisión:

—¡El Congreso de Estados Unidos me ha enviado aquí, y aquí me quedaré!

—Muy bien, Juana de Arco. Allá usted.

—Oiga… ¿y con qué medios se cuenta para acabar con esa rebelión?

—Ya le lié dicho que el coronel Churchill ha pedido refuerzos, pero no creo que consiga nada.

—Pues, entonces, ¿qué?…

—Los que entienden de todos estos mejunjes, los viejos de la tierra india, confían más en Kerrigan.

—¿Kerrigan? ¿Quién es?

El capataz chapeó dos dedos mientras susurraba:

—Un asesino…

La chica empezaba a intranquilizarse con todo aquello. Empezaba a intranquilizarse con el aire que recorría la calle solitaria, con el tableteo de las puertas mal cerradas, con el silencio casi espectral que llegaba desde las casas vacías. Con un soplo de voz, preguntó:

—Kerrigan… un asesino… ¿Qué quiere decir todo eso?

—Pues, sencillamente, lo que usted ha oído. Que con un asesino profesional, pretenden aplastar la rebelión india. Y ahora no me pregunte nada más, hermana. Tengo mucho trabajo. No me pregunte nada más y yo también tendré que empezar a preguntarle cosas.

—¿Usted a mí? ¡Sepa que soy un miembro del Congreso de Estados Unidos! ¿Qué tiene que preguntarme?

—Pues, por ejemplo, cuánto mide de… de… de…

Y el mayoral se puso ambas manos delante del pecho.

Ella se puso encarnada como una amapola.

—¡Insolente! ¡Desgraciado!

—¡Tía buena!

—¡Le voy a…! ¡Spencer, apunta el nombre de este tipo! ¡Pienso escribir enseguida a Washington!…

Pero el secretario no aparecía.

—¡Spencer!… Ni por ésas.

El viejo chivo, que se estaba sujetando bien la pata de palo, farfulló:

—Creo que ha salido por la otra portezuela y ha ido pitando hacia allí, señorita.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el saloon.

—¿Y qué tendrá que hacer Spencer en el saloon? Supongo que no querrá incendiarlo…

Para salir de dudas, la muchacha se dirigió hacia allí.

Entró en el saloon, que estaba vacío. Algunas mesas volcadas indicaban que la desolación había pasado por allí. El viento hacía que numerosos papeles se arrastraran por el suelo. Sólo al ver aquello, se tenía una extraña sensación de angustia física.

Pero el local no estaba vacío, como Pamela había creído al primer golpe de vista. En el local se encontraba también Spencer. Estaba cerca de las botellas, muy cerca.

Pamela le llamó:

—¡Spencer!

—Diga, señorita.

—¿Qué diablos haces ahí?

—Contaba las botellas.

—¿Y para qué las contabas? ¿A ti qué te importa?

El otro se caló las antiparras mejor.

—Parece mentira que usted ignore las leyes de esa manera, señorita Winter. La cosa está muy clara. Todos los bienes abandonados que se encuentren en el país pertenecen al Gobierno, si el que los encuentra es un funcionario de éste. Y yo soy un funcionario oficial. Por lo tanto, debo velar por la conservación de todos estos bienes, que desde este preciso momento pertenecen al país.

—¿Qué bienes? ¿Las botellas?

—Las botellas, señorita Winter.

—Bueno, ¿y qué quiere hacer con ellas?

—Por lo pronto, acabo de hacer inventario para saber si más adelante falta alguna.

—¿Cuántas hay?

—Sesenta y cinco.

—¿Y no cree que tenemos cosas más importantes en qué pensar, amigo Spencer?

—¿Por ejemplo?…

—¡Por ejemplo saber dónde vamos a dormir esta noche!

—No se preocupe —dijo una voz a su derecha—. Tiene dónde elegir. Hay muchas casas vacías.

Pamela se volvió.

Aquella voz metálica tenía ecos misteriosos, susurrantes, como si hubiera sido traída por un viento lejano.

El hombre estaba sentado ante una mesa, casi detrás de una columna. Por eso Pamela no lo había visto al entrar.

Vestía ropas oscuras, entre azules y negras. Sólo su sombrero era blanco, pero no lo llevaba puesto. Lo tenía depositado a un lado de la mesa. En su rostro moreno, atezado por el sol, destacaban unos

helados ojos grises. Tenía los cabellos negros, y unos dientes muy blancos, que enviaban al aire una sonrisa glacial.

Los poderosos músculos se marcaban bajo la tela liviana de la camisa.

Pamela le calculó unos veinticinco años. Y también podían calcularse quizá veinticinco muertos al revólver que llevaba pegado al muslo, sujeta la funda por una correílla.

La muchacha tragó saliva.

Aquel hombre le había producido un efecto extraño, como si fuera una aparición.

—¿Qué hace aquí? —barbotó.

—¿No lo ve? Descanso.

—¿Y quién es usted?

El hombre dijo con un soplo de voz:

—Me llamo Kerrigan…

CAPÍTULO III

¡NO TOQUE ESA PUERTA!

El nombre produjo una resonancia siniestra en el espíritu de la muchacha. Instantáneamente, una lucecita se encendió en sus recuerdos. ¿Qué le habían dicho, poco antes, de aquel tipo? Ah, sí… Que era un asesino…

Ya de entrada, le pareció siniestro. Le pareció uno de esos tipos que estaban envenenando el Oeste, y a los que convenía eliminar cuanto antes de allí. Mientras hubiera hombres que llevaran el revólver de ese modo, no existiría la ley.

Se plantó agresivamente ante él, sin darse cuenta de que con eso mostraba en toda su pujanza las líneas agresivas, juveniles, de su figura.

—¿Sabe quién soy? —preguntó.

—Se ha cansado de proclamarlo por ahí. He oído cómo lo decía: al parecer, es miembro de la Cámara de Representantes de Estados Unidos.

—Cierto. El miembro más joven de la Cámara. Me han elegido hace poco.

—¿Ya qué ha venido aquí?

—El Congreso desea un informe sobre las condiciones de vida en las viejas tierras indias.

—Pues no les hable de las condiciones de vida, sino más bien de las condiciones de muerte. Esto está que arde. ¡Lárguese!

—¡No me largo! ¡Estoy cumpliendo con mi deber! El pistolero se encogió de hombros, y dijo más o menos lo que antes había dicho el mayoral:

—Bueno, allá usted.

—Ahora, soy yo la que pregunta —murmuró Pamela—. ¿Qué hace usted en esta tierra?

—Me han contratado.

—¿Quién?

—El ejército, por intermedio del coronel Churchill.

—¿Y para qué?

—Pregunta usted más que un fiscal, hermana. Pues me han contratado para que intente acabar con la rebelión india… a mí manera.

—¿Asesinando?

—Mire, muñeca, déjeme en paz.

—¡Tengo derecho a saberlo! ¡El averiguar los medios de que se vale el ejército, también forma parte de mi misión! ¡He de enviar un informe a Washington!

—Pues vaya y empiece por preguntar a los apaches de qué medios se valen ellos. Y ahora, déjeme en paz.

—Sé que no tengo derecho a preguntarle —murmuró Pamela, que se sabía al dedillo la Constitución de Estados Unidos—. Pero ¿puedo, al menos, saber cuántas personas quedamos en esta ciudad?

—Más o menos, usted, yo, y ese chimpancé que la acompaña.

—¿Dónde se aloja?

—¿Por qué lo pregunta?

—¡Sólo por esto! ¡Para alojarme yo al otro lado de la ciudad!

El señaló las escaleras del saloon que llevaban al piso superior.

—Ahí arriba hay habitaciones de sobra, y yo he ocupado una. ¿Le parece bien?

Pamela se encogió de hombros.

—Haga lo que quiera. Yo me voy a cualquier otro sitio que esté bien lejos.

—Se… señorita Pamela… —tartamudeó Spencer.

—¿Qué pasa?

—Imagine que los apaches se presentan, de repente, aquí. No es que yo sea pesimista. El mayoral mismo ha dicho que puede pasar. ¿Qué hacemos usted y yo solos? No podríamos defendernos ni un minuto. No manejamos el revólver.

—¿Y qué? ¡No se atreverán a poner sus pecadoras manos sobre un miembro del Congreso!

Kerrigan emitió una risita burlona, mientras susurraba:

—Me temo que los apaches no entiendan ese lenguaje, hermana. Además, ellos no reconocen la autoridad del presidente de Estados Unidos. Usted será para ellos una señora estupenda y nada más. Y a los apaches también les gustan las mujeres estupendas.

Pamela se estremeció. Spencer siguió diciendo:

—Ése… ese caballero ha dicho justamente lo que yo estaba pensando, señorita Winter. Usted, con perdón, es una señora que está para merendársela, y esos indios puede que no tengan mal gusto. Yo creo que si cae en sus manos, lo pasará mal. En cuanto a mí, no es que sea una señora estupenda, pero tampoco estoy mal, vaya. Y, sobre todo, tengo una magnífica cabellera.

Se quitó la peluca que llevaba, debajo de la cual no había más que el cráneo amarillo, mondo y lirondo.

—Una cabellera que me costó veinte dólares en la mejor tienda de Washington —siguió diciendo—. Por eso le propongo que nos quedemos aquí, cerca de este… ejem… de este caballero. Yo creo que su revólver es una garantía para nosotros.

Pamela miró con desdén al hombre que aún seguía tranquilamente sentado en la silla.

—¿Ha establecido su base de operaciones en la ciudad de Lander? —preguntó.

—De momento, sí.

—Tal vez mi secretario Spencer, que no es un cobarde, tenga razón. ¿Le importará que nos quedemos a vivir aquí?

—Por mí, pueden hacer lo que les dé la gana. Al menos, en el saloon hay provisiones.

Pamela hizo un gesto de decisión.

—De acuerdo, entonces nos quedaremos. Voy a ver qué habitación me conviene.

Y subió las escaleras, muy decidida.

Había un largo pasillo con puertas acolchadas a ambos lados. Todo aquello tenía un olor especial, inconfundible a nidito de amor y de vicio. Hasta los dibujos que colgaban de las paredes resultaban bastante significativos. Delante de un par de ellos, Pamela tuvo que cerrar los ojos.

Y fue a abrir la primera puerta que encontró a su paso, la de la izquierda.

Pero fue entonces cuando aquella voz seca, metálica, dijo a su espalda:

—¡No lo haga! ¡No toque esa puerta!

La muchacha sitió como un pinchazo en el corazón. Se volvió lentamente.

Y vio clavados en ella los ojos grises, helados, de Kerrigan…

CAPÍTULO IV

LA FRONTERA INDIA

Durante unos instantes que parecieron durar una eternidad, los dos se miraron fijamente. Parecía flotar entre ambos un aire denso, un aire cargado de presagios. Luego, fue el mismo Kerrigan el que trató de disminuir aquella tensión, haciendo un gesto de indiferencia y tratando de sonreír.

—No haga caso —dijo—. Perdone. Es que sabiendo que puede haber jaleo, estoy un poco nervioso, ¿sabe?

—Yo creí que los profesionales del gatillo como usted no se ponían nunca nerviosos.

—Depende.

—¿Depende de qué?

—Pues, por ejemplo, de la cantidad de curvas que tengamos delante.

Pamela Winter se dio cuenta de que él miraba sus caderas, muy ceñidas por el vestido, y dijo despectivamente:

—A mí me gustan las líneas rectas. Bueno, iré a otra habitación.

—Le he dicho que no entrara en ésa, porque es la que he elegido yo, ¿comprende?

—Me hago cargo. He sido una tonta, por no preguntar antes.

Y empujó maquinalmente la puerta de al lado.

Esta vez, Kerrigan no le impidió que lo hiciera, en parte porque el gesto de la muchacha había sido tan rápido que tampoco hubiera tenido tiempo.

Dentro de la habitación, por cuyas dos grandes ventanas entraba la luz, había una silla de montar, una cazadora de piel, un rifle, dos

cajas de balas y unos cachivaches de afeitar sobre una repisa. Había, en fin, todo lo que podía necesitar un hombre como Kerrigan.

Pamela susurró:

—¿No ha dicho que su habitación era esa otra?

—Si. Pero vivo en la que usted acaba de abrir.

—¿Pues entonces?…

—Es que me he equivocado —dijo tranquilamente Kerrigan, contestando de aquella manera a la interrogación de la muchacha —. Puede ocupar la del fondo Allí, seguro que no hay nadie.

—Y en la que he abierto primero, ¿quién hay? —masculló Pamela, con los ojos clavados en la puerta.

—Nadie.

Ella se estremeció.

Pero resolvió no preguntar más.

Fue hasta la habitación que le habían señalado y la abrió. Era una pieza amplia, aunque tenía ese «no sé qué» inconfundible de los lugares dedicados al placer. Había muchas cortinas, muchos espejos y bastantes butacas y divanes. En las ventanas aún destacaban, intactas, unas maravillosas cortinas de punto.

La voz dijo desde la puerta:

—¿Le gusta?

Ella se volvió, sobresaltada.

Kerrigan estaba otra vez allí. La miraba tranquilamente, con los ojos entornados, semiapoyado en una jamba de la puerta.

—Sí. Me gusta mucho. Y ahora, váyase.

—Quizá le sorprenda el lujo de este sitio. Al fin y al cabo. Lander no es una ciudad tan importante.

—Sí. Realmente, no esperaba encontrar un saloon de esta categoría.

—Es que Lander siempre fue una ciudad muy divertida —dijo suavemente Kerrigan.

—Aunque usted no lo crea se han hecho grandes fortunas traficando con los indios y los ganaban esas fortunas venían a gastarlas aquí a Lander que Este sitio donde usted y yo estamos ahora, ha visto desfilar a las más bonitas cortesanas y a los hombres más ricos y viciosos del Oeste.

—Me habla de grandes fortunas —murmuro Pamela con mirada

inquisitiva—. Eso significa que ha habido negocios ilegales.

—Ha habido de todo, hermana. Pero imagino que ya lo saben en el Congreso de Estados Unidos. No es ninguna novedad.

—¿Y usted, Kerrigan? ¿No ha hecho fortuna con los indios?

El rió quedamente, mientras hacía un gesto negativo con la cabeza.

—No, hermana. Yo no he ganado dinero. Yo me he limitado a matar hombres. No soy un hombre rico ni vicioso, como los que venían a divertirse aquí. Soy algo mucho peor: soy un sucio asesino.

Y fue a salir de allí. Pamela Winter le detuvo impulsivamente.

—Señor Kerrigan…

—¿Qué hay?

—¿Para qué necesita usted dos habitaciones?

Él sonrió, mientras en sus ojos brillaba una chispita triste.

—Tengo una para mí y otra para mis queridas —dijo—. Siempre llevo tres o cuatro, ¿sabe? Pienso que, sin las mujeres, la vida sería muy aburrida.

Y salió definitivamente, cerrando la puerta. Pamela quedó helada, atónita, mirando hacia allí. Sin saber qué pensar.

El viento hacía oscilar algunos papeles sucios y algunas hojas caídas sobre la calle solitaria. No había demasiados árboles en Lander, pero los que habían se estaban quedando pelados, como si ellos también quisieran participar de la tristeza de la guerra. Hacia el anochecer, pasó por allí un grupo de soldados, con dos armones de artillería. Los cañones eran grandes, pesados. Demasiado pesados para luchar eficazmente contra unas tribus indias, dotadas de gran movilidad, que no permanecían cinco minutos en el mismo sitio.

Pero el paso de aquellas piezas de artillería indicaba hasta qué punto preocupaba la revuelta india. Hasta qué punto Águila Negra había logrado poner en pie de guerra a todo un ejército.

Luego, la soledad volvió a reinar sobre Lander.

Una soledad espantosa.

Había momentos en que no se oía nada, ni el susurro del viento.

Pamela Winter, que no había querido cenar, decidió acostarse. Con una manta de viaje, se preparó una cama en el diván más amplio, y no olvidó cerrar con llave la puerta. No sabía de qué tenía miedo, pero quizá era de Kerrigan. No le tranquilizaba aquella luz extraña que había sabido ver en sus ojos grises.

Estaba tan preocupada, que le pareció que iba a ser incapaz de dormirse.

Pero la fatiga del viaje se fue imponiendo en ella, y al cabo de media hora, ya había cerrado los ojos y respiraba rítmicamente. Como el de casi todas las chicas jóvenes, el sueño de Pamela era profundo y pesado. Por eso no se dio cuenta del leve «tipic, ric» que estaba sonando en una de las ventanas.

No se dio cuenta tampoco de que en ella se proyectaba una sombra. Y mucho menos, de que la ventana de guillotina era alzada poco a poco.

Una silueta penetró en la habitación. Luego, dos y dos más, sucesivamente. Un total de cinco hombres se plantaron en el reservado, sin que Pamela se diera cuenta.

Todos ellos llevaban rifles y hachas de guerra.

Todos ellos llevaban ropas que parecían harapos, pero que en realidad eran prendas cómodas para la lucha.

Unos ojillos oblicuos contemplaron la figura de la mujer.

Con admiración.

Y con un rabioso deseo.

El que parecía mandar el grupo de apaches hizo un rápido y silencioso gesto. Señaló las cortinas que había en una de las ventanas.

Uno de sus hombres las rasgó en silencio, cortándolas con su cuchillo. Hizo con ellas unas tiras que podían servir para atar a la muchacha, y otras más anchas para amordazarla. Luego, una mano cayó brutalmente sobre la boca de Pamela.

Ella despertó de repente.

Pero no pudo gritar porque aquella mano se lo impedía, manteniéndola al mismo tiempo aplastada sobre el diván. Sus ojos, desencajados, horribles, vieron a los cinco apaches.

Se debatió desesperadamente.

Pero una mano cayó sobre su nuca, dejándola sin conocimiento durante unos segundos. Cuando volvió a recuperarse, ya estaba amordazada y sus manos eran férreamente atadas a su espalda.

A Pamela le parecía estar viviendo una pesadilla.

Había pasado tan rápidamente del sueño a aquella sucia realidad, que no podía creer en ella.

Tampoco entendía qué podían querer los apaches, cuando ella

estaba desarmada y no podía hacerles ningún daño.

Nunca los músculos de Pamela Winter se habían movido con tanta desesperación, con tanta fuerza.

Nunca su cuerpo poderoso y joven se había debatido con tanto frenesí.

Pero resultaba inútil porque ellos eran cinco, y además mucho más fuertes que ella. Tampoco podía gritar, ya que la mordaza se lo impedía. Aquella lucha miserable y sorda se desarrollaba en un silencio digno de la guarida de un topo.

La muchacha creyó que iba a perder el conocimiento.

Sus ojos se desencajaron.

Y en aquel momento la puerta se abrió. Una corriente de aire helado, pareció atravesar la estancia de parte a parte.

La luz de las lámparas del pasillo lo iluminaba todo con cierta claridad. Iluminó especialmente las figuras jadeantes de los cinco hombres, la de la mujer tendida… y la del tipo negligentemente apoyado en la jamba de la puerta, que les miraba con la derecha a la altura de la cadera.

Kerrigan dijo suavemente:

—Parece que las chicas de vuestra tribu no son tan guapas, ¿verdad? Os gusta más ésta…

Los apaches, que aún no habían tenido tiempo de hacer nada serio, se movieron como si fueran un solo hombre.

Tenían los rifles al alcance de sus manos. Los alzaron instantáneamente, y crearon delante del hombre una especie de barrera mortal.

Pero para Kerrigan aquello parecía una especie de juego de niños.

Ni siquiera parpadeó.

El revólver salió de la funda, y empezó a disparar con él como un condenado, apretando el índice de la derecha y amartillando al mismo tiempo con la izquierda. Las seis detonaciones seguidas parecieron un solo trueno. Cuatro de los apaches se contorsionaron, alcanzados mortalmente, sin haber podido mover sus gatillos una sola vez. El quinto logró saltar como una fiera acosada, sin más heridas que la rozadura que le había causado una de las balas, al partir en dos su rifle.

El cuchillo brillaba entre sus dedos.

Al saltar con la agilidad de un gato, trató de segar en el aire la garganta de Kerrigan. Éste logró ladearse. Y hubiera podido matarlo con cierta facilidad, porque el apache pasó por delante del cañón de su revólver, pero ya no le quedaban balas en el cilindro.

No obstante, le propinó un salvaje puntapié.

El apache rebrincó por los aires.

Se contorsionó de nuevo al caer, y trató de saltar otra vez con su cuchillo, ya que ahora se había dado cuenta de que Kerrigan tenía el revólver descargado.

Pero no llegó a moverse.

Una llama color naranja brotó al fondo del pasillo.

El indio quedó como aplastado en el suelo, con los brazos abiertos y la cabeza atravesada.

Kerrigan miró hacia el lugar de donde había brotado la detonación.

Y oyó el «*tiling*» suave de las espuelas.

Vio las botas bien lustradas y el traje impecable.

Con voz que delataba un profundo asombro, murmuró:

—Derby…

Derby guardó el revólver, y se acercó, tendiéndole la mano derecha.

—Buen sitio para encontrarnos, ¿eh, muchacho? Como en los buenos tiempos: Matando hombres en un garito…

—En ese sentido, los «buenos» tiempos no han terminado aún —murmuró Kerrigan—. Pero ¿de dónde demonios sales?

—He oído decir que Águila Negra se había alzado en armas.

—Es cierto. Ahí tienes una pequeña muestra. Derby se encogió de hombros, como si el ver muertos fuese para él la cosa más aburrida del mundo.

—Ya sabes que durante un tiempo negocié con Águila Negra —musitó—. Precisamente tú fuiste quien me presentó a él, no hace demasiado tiempo. Les vendía alimentos más baratos que en las tiendas de la reserva, ¿te acuerdas?

—Sí, y eso significó un gran beneficio para ellos. Águila Negra siempre te estuvo muy agradecido.

—He vuelto para disuadirle —dijo Derby—. No sé si lo conseguiré, pero es inútil que se empeñe en mantener una guerra perdida. ¿Qué va a conseguir? ¿Liquidar a todos los hombres del

coronel Churchill? Eso, de por sí, ya sería muy difícil, pero además no le serviría de gran cosa. Este país está lleno de ejércitos, y la Academia Militar de West Point está llena de aspirantes a coronel Churchill, que pedirán inmediatamente ser trasladados a la frontera india. No… Definitivamente, a Águila Negra esta rebelión no le servirá de nada…

Kerrigan recargó el revólver y lo guardó maquinalmente en su funda.

—No es a mí a quien debes convencer, Derby. Yo ya estoy convencido. Pero, como ves, la rebelión se ha extendido de tal modo, que los apaches ya se atreven a entrar de noche en la ciudad de Lander. Y quién sabe si mañana mismo se atreverán a entrar en pleno día.

—¿Has dicho apaches en plural? —preguntó Derby—. ¿Es que hay más?

—Y tanto que hay más… Mira.

Le señaló el interior de la habitación.

Pamela Winter ya se había cubierto lo mejor posible con una manta, valiéndose de sus pies. Pero seguía amordazada, y con las manos sujetas a la espalda.

Sus ojos, desencajados, miraban a los muertos, uno de los cuales estaba casi caído encima de ella.

Kerrigan se acercó y le cortó las ligaduras con el puñal de uno de los apaches.

—¿Te encuentras bien?

—Pa… pa… pasablemente.

—Supongo que no ha tenido tiempo de ocurrir nada grave.

—Gracias a ti. Te debo algo más importante que la vida.

Kerrigan se encogió de hombros.

—Los asesinos también tenemos que servir para algo —dijo cínicamente.

La muchacha se sentía mareada.

Miraba los cadáveres como si no pudiera creer en aquello.

—Esos miserables… —barbotó—. Esos perros rabiosos lanzados a la llanura.

Kerrigan retiró los cadáveres uno a uno, sacándolos al pasillo, mientras musitaba:

—Tienen una excusa, muñeca.

—¿Qué excusa?
—Que nunca han visto una mujer tan bonita como tú.

CAPÍTULO V

LA PUERTA MALDITA

Inútil es decir que Pamela Winter no pudo volver a dormir aquella noche. En algunos momentos llegó a cerrar los ojos, pero lo único que consiguió fue cargarse de pesadillas. Cuando estaba amaneciendo, logró al fin dormitar un poco, pero despertó bruscamente porque se oían ruidos junto a la puerta.

Sin embargo, pronto se tranquilizó.

Eran los dos hombres (Kerrigan y el otro, que aún no sabía cómo se llamaba) que retiraban los cadáveres del pasillo, aprovechando las primeras luces del alba.

La muchacha también se levantó.

Se arregló la cara un poco, se puso una bata y descendió a la planta baja, es decir, a lo que era propiamente al saloon. Allí reinaba una actividad sorprendente, pese a lo temprano de la hora. Los cadáveres ya no estaban, pues habían sido apilados en un carromato de los que abundaban en la ciudad, abandonados por todas partes. Kerrigan y su amigo se levaban cuidadosamente las manos en una jofaina. En cuanto a Spencer, también se había levantado, y contaba cuidadosamente las botellas otra vez.

A los seres humanos nos ocurre, a veces, que tenemos problemas muy graves, y no queremos hablar de ellos. En lugar de eso, hablamos de tonterías que descargan nuestra tensión. Quizá por eso preguntó Pamela a su secretario:

—¿Cuántas botellas hay?

—¡Hip! Sesenta y cuatro.

—Pero anoche… ¿no había sesenta y cinco?

—¡Hip! Me debí equivocar al contarlas.

—Pues no se preocupe más de eso, Spencer. ¿Sabe qué debería hacer? Destruir todas esas botellas.

—Claro que lo haré. Destruirlas. Aniquilarlas todas. El alcohol… ¡Uf! ¡Qué asco!

Kerrigan dijo, mientras se secaba las manos:

—Nada de destruir botellas. Quién sabe si vamos a necesitarlas cuando las cosas se pongan peor. El alcohol, al fin y al cabo, da fuerzas y anima a la gente. Por cierto, no te he presentado a Derby. Derby me sacó anoche de un buen apuro, porque yo tenía delante un apache con un cuchillo, cuando ya no me quedaba una maldita bala en el revólver.

El otro hizo un gesto de indiferencia.

—Bah… ¡Qué tontería! Igualmente te hubieras librado de él.

Y tendió la mano a Pamela.

—Es un honor, señorita —dijo—. Kerrigan y yo nos conocemos y somos buenos amigos desde hace algunos años. Me ha explicado que usted es representante del Congreso de Estados Unidos.

—Efectivamente. Y vengo a hacer un informe sobre las condiciones de vida en las viejas tierras indias.

—Las condiciones de vida ya las ve: muertos por aquí, desolación por allá… Pero dígame: ¿no es usted demasiado joven para un cargo de esa clase?

—Soy el miembro más joven de la Cámara de Representantes —dijo ella, con un disimulado tono de orgullo en la voz—. Me eligieron hace muy poco.

—Pues más vale que se largue de aquí. Ya ve lo que puede ocurrirle a una joven bonita y… y con todo lo que usted tiene.

Sus ojos recorrieron las potentes curvas de la chica.

Pero, curiosamente, Pamela Winter no se inmutó esta vez.

Quizá era porque ya se iba acostumbrando. O porque los ojos de Derby —al revés de los de Kerrigan— infundían confianza.

—No me iré —susurró ella, tenazmente—. Tengo una misión que cumplir, y la cumpliré por encima de todo.

—Piénselo. Aún le queda tiempo hasta que salga la última diligencia.

—¿Tiempo? —preguntó un vozarrón desde la puerta—. El tiempo se ha acabado, amigos. Ya no hay remedio.

Todos miraron hacia allí.

El mayoral de la diligencia estaba en el umbral, llevando en la derecha una botella medio vacía, que sin duda había robado del otro saloon.

—Nada de poder huir —dijo roncamente—. La diligencia tenía que hacer hoy su último viaje, pero no lo hará. No tenemos más remedio que quedarnos en Lander.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Mi ayudante ha hecho una pequeña exploración del camino, antes de que amaneciera. ¿Y qué ha visto? Apaches por todas partes. Apaches hasta en la sopa. Toda la llanura está infestada de ellos.

—¿Y el ejército?

—El ejército patrulla por ahí. Está en todas partes y en ninguna. Águila Negra ha dotado a sus hombres de tanta movilidad, que se filtran entre las columnas militares y llegan prácticamente adonde quieren. Cuando Churchill se dé cuenta de eso, enviará caballería por aquí, pero puede que tarde un par de días.

—Y usted cree que está más seguro aquí que en campo abierto, ¿no? —preguntó Kerrigan.

—¿Qué duda cabe?

Y el mayoral entró en el saloon, mientras se atizaba un trago. Puesto que conocía muy bien aquello, abrió una puerta y mostró la despensa del local. Había allí de todo, desde carne seca a conservas de cualquier clase, pasando por una gran cantidad de tortas de maíz perfectamente comestibles, pues habían sido hechas tres días antes. En resumen, había para resistir más de dos semanas.

El mayoral se llevó unas cuantas provisiones, y susurró:

—Antes de engrasar la diligencia, mi ayudante y yo nos atizaremos un buen desayuno. ¡Hay que estar en forma! Ah, y les aconsejo a ustedes que hagan lo mismo. De lo contrario, no tendrán ni fuerza para enterrar a esos muertos.

Señaló a los que estaban en el carromato, muy cerca de la entrada. Estaban tan visibles, que quitaban el apetito a cualquiera. Kerrigan salió y lo apartó un poco, de forma que no lo vieran desde el saloon.

—¿Por qué no nos preparas algo de desayunar? —preguntó a Pamela—. Si no veo mal, eres la única mujer. E imagino que en el

Congreso de Estados Unidos os habrán enseñado a preparar algún plato.

—No lo he aprendido en el Congreso —musitó ella—, pero sé prepararlos.

Y entró en la despensa, haciéndose con todo lo necesario para disponer un desayuno aceptable. Entró y salió varias veces, dejando alimentos sobre la mesa inmediata. Y en uno de esos breves recorridos, tuvo una sorpresa, que le dio mucho que pensar.

Todo ocurrió de la forma más sencilla.

Pamela había dejado sobre la mesa unas tortas de maíz, latas de frijoles, algo de carne seca y unos platos. Luego, entró para recoger un paquete de café.

Junto al paquete de café había unos botes de conserva, muy brillantes, tan limpios y bruñidos que parecían espejos.

Y en uno de ellos lo vio reflejado.

Sin que nadie se diera cuenta, pues Derby y Spencer colocaban bien unas mesas, Kerrigan estaba sustrayendo unos cuantos alimentos. Poca cosa, pero lo suficiente para que se alimentara una persona durante todo el día. Y los estaba situando detrás de una gran estatua con que estaba adornado el principio de la escalera, de modo que luego, al subir, pudiera retirarlos sin que nadie se diese cuenta.

La muchacha no hizo el menor gesto.

Esperó a que el otro hubiera terminado y luego se volvió en actitud indiferente, como si no hubiese notado nada.

—¿Tenéis mucho apetito?

—Más vale no sentirse débil —susurró Derby.

—Pues, entonces, prepararé un buen desayuno… Esperad.

Efectivamente, la muchacha tenía arte para eso. A pesar de que estaba muy nerviosa por lo de la noche anterior, preparó un desayuno suculento. Todos comieron con buen apetito, pensando que a plena luz del día no corrían peligro, y que no hacía falta vigilar.

Al terminar, y mientras Pamela recogía los platos, ocurrió exactamente lo que la muchacha esperaba que ocurriera.

Kerrigan musitó:

—Voy arriba un momento a terminar de arreglarme.

Cosa bastante pueril, puesto que estaba arreglado.

No le faltaba ni afeitarse.

Regresó al cabo de unos diez minutos. Durante ese tiempo, Pamela se acercó a la estatua de la escalera como quien no quiere la cosa, y se cercioró de que los alimentos ya no estaban allí.

Por lo tanto, se escondía otra persona en la habitación donde él no le permitió entrar.

Ahora era absolutamente seguro. Kerrigan, al bajar, encendió un cigarrillo. Se frotó las manos y preguntó a Derby:

—¿No te parece que deberíamos enterrar a los muertos?

—En eso estaba pensando. Si los huelen los apaches, lo pasaremos mal.

—Ya deben haberse enterado —dijo Kerrigan—. Estoy seguro de que saben que han muerto aquí.

—En ese caso, no hay duda de que no querrán dejarlos sin venganza —dijo Derby.

—Tú no debes preocuparte, Derby. Tú mataste a uno de ellos, pero nadie va a decirlo. Y eres un gran amigo de Águila Negra.

—En cambio, tú no lo eres, ¿verdad, Kerrigan?

Los ojos de Kerrigan brillaron un momento.

—No.

—Dicen que eres el hombre al que más odia en el mundo.

—Tal vez.

—¿Y por qué?

—Es un viejo asunto, que no tiene ya importancia.

—Cierto, no debe tener ya importancia. Pero a veces uno, viajando por ahí, oye decir cosas.

—¿Qué cosas, Derby?

—Nada, nada…

—¿Quizá se dice por ahí que me gustan demasiado las chicas?

—Sí, eso es. Todas las chicas.

Y Derby lanzó una alegre carcajada, mientras añadía:

—Claro que eso no tiene nada de especial. A mí también me gustan. Todas, sin excepción. ¡Y de qué manera! Hala, Kerrigan, no hablemos más de eso. Vamos a enterrar a los apaches muertos.

Caminaron los dos hacia la puerta, y antes de llegar al umbral, Derby se detuvo.

—Por cierto…

—¿Qué pasa?

—Me han dicho que tienes un contrato con el coronel Churchill.

—Algo así.

—¿Un contrato para qué, Kerrigan?

—Para acabar con la rebelión india a mí manera, ya que Churchill no la puede acabar a la suya.

—¿Acabar? ¿De qué modo? ¿Matando a Águila Negra?

—Tal vez.

—Veo que sigues siendo un asesino muy acreditado, Kerrigan. Un asesino de primera.

—Nadie lo ha negado nunca. Hala, vamos… Hay que enterrar a ésos. Los muertos son una mercancía que no puede esperar demasiado tiempo.

Y salieron los dos.

Spencer y Pamela quedaron solos. Pamela, con los nervios en tensión, esperó hasta que el chirrido de las ruedas del carromato se perdió en la lejanía. Luego se volvió hacia su secretario.

—Spencer…

—¿Qué, señorita?

—Vigila, por si ésos vuelven.

—¿Vigilar? ¿Qué pasa?

—Tú obedece y calla.

Normalmente, Pamela era muy amable, y por eso le sorprendió a Spencer el tono seco de su voz. Musitó:

—Sí… Sí, señorita.

Ella subió al piso superior.

Tanteó en silencio la puerta que el día anterior le había prohibido atravesar.

Estaba cerrada.

Pamela hizo girar el pomo un par de veces, en silencio, y se convenció de que iba a necesitar un poco de maña para abrirla. Se arrancó una horquilla del pelo y trajinó en la cerradura. Como ésta era de tipo muy sencillo, se abrió al cabo de unos momentos con un leve chasquido.

La muchacha entró en la habitación.

Ésta era casi exactamente igual que la suya.

Con la única diferencia de que una de las ventanas era aquí una puerta, con unas escaleras que descendían a un patio.

Se notaba que alguien había dormido allí.

En el diván había dos mantas, que acababan de ser dobladas cuidadosamente. Sobre una consola estaba un plato con la comida que haba subido Kerrigan, todavía intacta. Era evidente que alguien vivía en la habitación. Alguien que no era Kerrigan.

Pero ¿hombre o mujer?

Los ojos de Pamela recorrieron la estancia y entonces dieron inmediatamente con la respuesta:

¡Mujer!

Sobre el brazo de una de las butacas estaba doblado un vestido azul claro, con dos rayas en color azul más oscuro. Era una delicada pieza femenina. Con eso, Pamela ya tenía la respuesta a la pregunta más importante de todas las que se había planteado Ahora sólo le faltaba saber quién era aquella mujer.

Si no estaba en la habitación, era evidente que debía haber bajado por las escaleras al patio.

La muchacha iba a dirigirse hacia allí, cuando de repente algo la detuvo.

Un auténtico alarido.

Un alarido de muerte.

CAPÍTULO VI

INTRUSOS EN LA CIUDAD

No era un alarido lanzado por una mujer —por ejemplo, la que había pasado la noche en aquella habitación—, sino por un hombre. Inmediatamente, Pamela pensó que podían haberlo lanzado Derby o Kerrigan, al ser atacados por los apaches. Pero tampoco debía ser eso. Ellos habían partido con el carromato hacia el Norte —estaba segura— y el alarido acababa de sonar hacia el Sur.

Ella esperó, anhelante, por si el grito se repetía.

Pero no ocurrió nada de eso. El silencio fue total, atroz. Un silencio agorero, que asustaba mucho más que cualquier sonido.

Pamela comprendió que tenía que salir de allí.

En la ciudad acababa de ocurrir algo muy grave y ella tenía que saber en qué consistía.

Salió de la habitación, pero antes tuvo la picardía de cerrar muy bien, valiéndose de la horquilla para que no se notara que alguien había entrado. Descendió a la planta baja, y vio a Spencer junto al mostrador, quieto como una estatua y blanco como un lirio.

—¿Ha oído, señorita?

—Sí. Un alarido.

—Para mí que han matado a alguien, señorita Winter.

—¿Y no has averiguado nada?

—No.

—¿No has salido ni siquiera a la puerta a mirar a un lado y otro de la calle?

—Pues… no.

—¿Qué te pasa? ¿Tanto miedo tienes?

—Es que me he cuidado de vigilar las botellas, señorita Winter. Las botellas son una importante mercancía, propiedad del Gobierno de Estados Unidos.

Pamela rebrincó.

—¿Esas botellas? ¡Y a mí qué me importan! Estamos rodeados de apaches en pie de guerra y sólo te preocupas de eso. ¡De vigilar sesenta y cuatro miserables botellas!

—Sesenta y tres, señorita Winter.

Ella parpadeó.

—¿Qué? ¿No habías dicho que eran sesenta y cuatro?

—Las he vuelto a contar, señorita Winter. Debí equivocarme. ¡Hip! Son sólo sesenta y tres.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, no importa. Lo que hace falta es ver si han matado a alguien, y si los apaches están otra vez dentro de la población. Supongo que, además de saber manejar la pluma, sabrás manejar un rifle.

—¿Un… un rifle?

—Ahí tienes uno. Alguien se lo olvidó sobre una mesa. Mira si está cargado y vigila la calle. Yo voy a ver qué ha ocurrido.

—Para hacer su informe al Congreso, no necesita enterarse de tantas cosas, señorita Winter.

—¡Vete al diablo!

Y la muchacha salió.

No tenía miedo. Jamás lo había tenido, y menos ahora, cuando sabía que tal vez iba a tener que defenderse por sus propios medios, en aquella ciudad solitaria.

Caminó hacia el Sur.

No había más que un sitio habitado, que era la casa de postas. ¿Tal vez el grito había partido de allí?

La muchacha se detuvo ante la entrada. Ésta era enorme para que tuvieran cabida por ella las grandes diligencias. Y llevó lentamente los dedos a su boca, conteniendo un grito, mientras desde el umbral miraba hacia el interior.

El ayudante del mayoral yacía en el suelo, junto a la rueda izquierda del carromato, entre un charco de sangre. De su espalda sobresalía el mango de un cuchillo. Pero no parecía el cuchillo de un indio, sino él de un hombre blanco.

Pamela sintió que se ahogaba.

Era incapaz de resistir un minuto más allí, ante aquel espectáculo que para ella resultaba alucinante.

Fue a volverse lo más rápidamente que pudo, pensando en huir, y en aquel momento algo se lo impidió.

Una mano que se había posado en su espalda.

CAPÍTULO VII

SIETE CABALLOS GRISES

Pamela Winter sintió el frío de la muerte en sus venas. Y al instante pensó una montaña de cosas, todas ellas agobiantes, en especial dos: que había sido una loca al venir sola allí, y que ahora otros apaches terminarían la siniestra labor que la noche anterior no habían podido empezar sus compañeros muertos.

Sus dientes castañetearon.

Y en aquel momento, un vozarrón dijo a su espalda:

—¡Condenación! ¡Esto es más de lo que puedo aguantar! ¡Han liquidado a mi ayudante! ¡Cuando pesque al que lo ha hecho, lo ahorcaré! ¡Y si todavía queda con vida, lo arrojaré a una hoguera! ¡Y si aún no la ha diñado, lo ahogaré en un barril de *whisky*!

Pamela se volvió por completo. El mayoral estaba ahora ante ella, rojo de ira.

—¡Justamente habíamos terminado de desayunar! —bramó—. ¡Le había dicho a mí ayudante que empezara a engrasar los ejes, mientras yo vigilaba por los alrededores de la ciudad! Y de pronto, oigo un alarido y vuelvo… ¡para encontrarme con esto! ¿Qué pasa, señorita Winter? ¿Usted no ha visto nada?

—Nada. Yo también he venido como usted…

El mayoral se acercó al cadáver.

—Esto no lo han hecho los apaches, maldita sea.

—¿Lo dice por el puñal?

—Sí. Es de hombre blanco.

—Pueden haberlo robado. Los indios en pie de guerra roban lo que encuentran.

—Je, je… ¿Dónde le han explicado eso? ¿En los pasillos del Congreso? A los apaches le gustan las armas de fuego, pero para luchar con arma blanca prefieren sus propios artefactos. Éste es de un mango demasiado pesado y demasiado lujoso. Yo le diré quién ha hecho esta canallada. Ha sido uno de los hombres de Stanley.

—¿Stanley?

—¿Nunca lo ha oído nombrar?

—Es la primera vez que lo mencionan delante de mí.

—Pues es un bandido. Amigo de la carroña.

—¿Por qué dice «amigo de la carroña»?

—Porque, como las hienas y los buitres, sólo se mete con los cadáveres. Sólo roba en sitios donde no haya peligro: diligencias accidentadas, ciudades que la gente ha abandonado… Sí, esto tiene su marca de fábrica.

Arrancó el cuchillo del cuerpo de su ayudante, y sólo entonces se le ocurrió mirarle por si aún estaba vivo, por si aún podía hacer algo por él.

Pero era inútil.

El pobre tipo estaba más muerto que el abuelo del mayoral.

Éste apretó los puños.

—¡Maldigo mil veces al que ha hecho esto! —bramó—. ¡En cuanto lo atrape, lo despeñaré por un abismo de cien yardas! ¡Y si aún queda con vida, lo haré aplastar por una manada de bisontes! ¡Y si el tío aún no la ha diñado, lo colgaré de un árbol durante un par de días! ¡Y si aún no se ha decidido a palmarla, lo ahogaré en un barril de *whisky*!

Pamela tenía la sensación de que nunca había oído a un tío tan bestia como aquél.

Pero se hacía cargo de la indignación del mayoral y temblaba al pensar en lo que podía suceder si éste atrapaba a los asesinos de su ayudante.

Fue entonces cuando escucharon aquel trote de caballos.

El trote de aquellos caballos que bordeaban la ciudad.

El mayoral palideció, mientras susurraba:

—¿Dónde está Kerrigan?

—Aún está enterrando a los apaches muertos.

—¿Y Derby?

—También.

—Eso quiere decir que están algo lejos de aquí —balbució el mayoral—. Eso quiere decir que no llegarán a tiempo.

—¿Qué pasa?

—¿Oye esos caballos?

—Naturalmente que los oigo.

—Juraría que son los siete forajidos de la banda de Stanley. Confiaba en que ya estuvieran lejos de aquí. Han debido matar a mi ayudante y ahora vuelven.

Se acercó a la puerta, mientras susurraba:

—Espere…

La muchacha miró por encima de su hombro. Y vio que cruzaba el extremo de la calle, a unas cincuenta yardas de allí, unos jinetes que se distinguían por un rasgo común: todos iban montados en caballos grises.

El mayoral barbotó:

—Son ellos.

—¿Siempre montan caballos grises?

—Siempre. Y siempre son siete buitres. Cuando uno muere, lo sustituyen. Cuando la banda de siete vuelve a estar completa, ya no admiten a nadie más.

Pamela sintió que castañeteaban sus dientes.

No pudo evitarlo.

Un pensamiento atroz la atormentaba: el pensamiento de que ella estaba sola en la ciudad, sin más ayuda que la del mayoral. Porque con Spencer no se podía contar, ya que nunca había manejado el rifle.

Y si aquellos buitres, sedientos de sangre, daban con ella…

El mayoral pareció adivinar sus pensamientos cuando barbotó:

—No se preocupe; si vienen por aquí, yo la defenderé. ¡Tengo unas ganas de echarme a la cara a esos hijos de hiena! Al primero que pesque, le machaco la cabeza con una piedra. Si luego aún vive, le…

—Sí, ya sé: lo ahoga en un barril de *whisky*.

El ruido de los caballos pareció hacerse por unos instantes más intenso, pero luego se esfumó en la distancia. Estaba claro que los hombres de Stanley inspeccionaban la ciudad por los cuatro puntos cardinales, antes de decidirse a atacar. Tenía razón el mayoral: las hienas también necesitan sentirse muy seguras, antes de decidirse a

hincar el diente.

La muchacha lanzó un suspiro.

—Volveré al saloon —musitó—. Allí me siento más segura.

—Yo la acompañaré dentro de poco —prometió el mayoral—. Deje que saque a mí ayudante de aquí y lo ponga en otro sitio más respetable. El cadáver de un hombre honrado como él no tiene que estar en una cuadra.

Pamela hizo un gesto afirmativo. Comprendía muy bien aquello.

Y le pasaba una cosa realmente extraña: tenía la sensación de que ya llevaba años enteros en el Oeste. Le empezaba a parecer que aquella vida salvaje, dura, despiadada, la había vivido siempre.

Salió de allí y anduvo por la calle. Nunca la distancia de la casa de postas al saloon le había parecido tan larga.

Y nunca la ciudad le había parecido tan vacía como entonces, tan misteriosa, tan solitaria.

Hasta que, al doblar la esquina, oyó el suave trote de aquel caballo.

Se detuvo, sobresaltada, sintiendo que se le helaba la sangre en las venas.

Se dio cuenta de que los hombres de Stanley podían estar allí; de que sería presa fácil para aquellos canallas.

Pero al alzar la cabeza, se dio cuenta de que no se trataba de los buitres de Stanley. Era algo distinto, muy distinto. Se trataba de un individuo que en el primer instante le pareció asombroso.

Y, sin embargo, nada más natural, puesto que ya se sabía que los apaches ocupaban toda aquella tierra.

El hombre que montaba un magnífico caballo blanco, iba vestido muy sencillamente con unos pantalones y un chaleco de piel de gamo. Su pecho y brazos, prácticamente desnudos, exhibían una musculatura impresionante. Era más alto que cualquier apache, y su cabello, muy negro, estaba sujeto por detrás en una corta trenza. No exhibía plumas ni pinturas de guerra. Por todo armamento, llevaba un rifle y un hacha de mango largo.

Sus ojos, también negros, eran penetrantes como dos cuchillos.

Pamela Winter, al ver a aquel hombre, sintió algo muy extraño, sintió que algo se conmovía secretamente en su corazón de mujer.

Él descendió del caballo.

No hizo ningún gesto agresivo. Se acercó pausadamente a

Pamela, que estaba tan inmovilizada como si hubieran puesto plomo en sus piernas.

Demostró que sabía hablar un inglés perfecto, al preguntar:

—¿Quién es usted?

La muchacha susurró:

—Me llamo Pamela Winter. Soy miembro del Congreso de Estados Unidos.

—¿Ya qué ha venido a esta tierra del diablo?

—Esta tierra era pacífica y sana —dijo despectivamente la muchacha—. Los únicos culpables de que ahora sea una tierra del diablo son ustedes: los que la han convertido en un cementerio. Y el más culpable es ese cerdo de Águila Negra.

—Parece que usted no conoce el miedo. —Dijo el apache, sin que sus facciones es inmutaran.

—¿Y de qué iba a asustarme? —preguntó Pamela, despectivamente.

—Otra mujer, al verme, se hubiera puesto a temblar.

—Yo no me pongo a temblar delante de un fantoche —dijo la muchacha, con el mismo tono desdeñoso.

Pamela no se daba cuenta de que un indio jamás toleraba una ofensa contra su honor, y menos si esa ofensa le venía de una mujer. Cualquier persona con experiencia del Oeste le hubiera dicho: «Pamela, acabas de meter la pata. Esto le va a costar la vida».

Pero Pamela, sin experiencia del Oeste, no se daba cuenta del peligro que corría.

Ya se dice, sin embargo, que un ángel especial protege a los niños y a los locos. Pamela, que estaba desafiando a la muerte con aquellas palabras, no obtuvo del apache más que una mirada desdeñosa.

Pero eso le dio ánimos. Envalentonada con la pasividad del indio, Pamela añadió:

—Cuando escriba a Washington, contaré lo que he visto: toda una comarca arrasada, docenas de ranchos destruidos y poblaciones enteras emigrando en busca de un nuevo hogar. Todo eso es obra de Águila Negra y su pandilla de cobardes.

El indio tampoco respondió.

Tomó el caballo de la brida y lo condujo hasta la inmediata esquina, volviendo la espalda a Pamela Winter. Pero no se libró de

ella. Pamela, más envalentonada cada vez, le siguió.

—Basta de componendas con los indios —dijo—. Eso es lo que recomendaré a Washington. Basta de tener piedad con ellos. Los apaches firmaron un tratado de paz y lo han traicionado. No vale la pena llegar a un acuerdo con ellos. ¡Sólo hay que destruirlos! ¡Son basura! ¡Son carroña!

El indio siguió sin contestar.

Lo único que la muchacha veía de él eran sus atléticas espaldas.

Dobló la esquina y entonces vio Pamela lo que el piel roja iba a hacer. Había un apache muerto junto a la puerta de una de las casas. Toda la parte izquierda de su cuerpo aparecía cubierta de sangre coagulada. Sin duda, había sido herido lejos de allí, viniendo a morir a la ciudad.

La muchacha susurró:

—¿Va a llevárselo?

—Para eso he venido.

—¿Y por qué no lo deja aquí?

—Nunca cometería la cobardía de dejar a uno de mis hermanos muerto, para que pudieran profanar su cadáver.

—Los hombres blancos no son como ustedes… —dijo Pamela, secamente—. Ellos no profanan cadáveres.

—Mejor que sea así —dijo al apache—. Lo celebro mucho. Pero sepa que yo no he venido a discutir eso.

—¿Por qué no entierra a ese hombre en uno de nuestros cementerios? No está tan lejos.

—Porque merece descansar junto a los otros guerreros de la tribu —dijo el apache—. Un hombre que ha muerto peleando no debe ser sepultado como un granjero.

La muchacha apretó los labios.

—¿Qué tiene usted contra los granjeros? —preguntó, secamente —. ¡Ellos han hecho grande este país!

—Déjeme en paz de una vez —dijo el indio, encogiéndose de hombros—. Váyase al diablo con sus malditas ideas. Con todo su orgullo de señoritinga blanca, no sirve ni para limpiar los mocasines a una de las hembras de nuestra tribu.

El indio hablaba tan perfectamente el inglés y su tono era tan insultante, que Pamela Winter se sintió ofendida en lo más íntimo. Ella había aprendido en Washington todas las lecciones, menos una:

la lección de la humildad. Pamela pensaba seriamente que en las mujeres como ella estaba nada menos que el porvenir de Estados Unidos.

No supo lo que le ocurría.

Pero, de repente, su derecha se movió. De repente, algo le dijo en su interior que no debía tolerar aquellos insultos. Con todas sus fuerzas, descargó sus cinco dedos contra la cara del indio.

Sonó el estruendo de la bofetada.

Todo el cuerpo del apache se estremeció. No fue de dolor, sino de vergüenza. Nunca un indio como él debía haber sido abofeteado, y mucho menos por la mano de una mujer.

Pamela Winter se dio entonces cuenta de que quizá había hecho algo irremediable.

Supo leer una cosa distinta, una cosa terrible, en los ojos del indio.

Por un momento, se asustó. Trató de huir.

De su garganta escapó un gemido cuando cinco dedos de hierro se cerraron sobre su muñeca.

—Nunca me había abofeteado nadie —dijo secamente la voz del apache, escapando entre sus dientes apretados—. ¡Nunca! Muchos han peleado conmigo, pero nadie me había abofeteado como se abofetea a un niño o a una mujer. Cierta vez lo intentó un guardián y lo maté, ¿entiendes? ¡Lo maté con mis manos! Como debería hacer contigo, si no fuera porque lo primero es rendir honores a mi compañero muerto. Pero no vuelvas a cruzarte en mi camino. No vuelvas a dirigir tu palabra a un apache, tú que estás manchada con las manos de los sargentos, tú que sólo sirves para divertir a los soldados por medio dólar. Largo de aquí… ¡Largo, asquerosa!

Y le dio un seco empujón, que la derribó al suelo.

Pamela Winter estaba lívida.

La sangre parecía haberse detenido en sus venas.

Nunca le habían dirigido tal cantidad de insultos, unos insultos tan atroces y sangrientos como aquéllos.

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

Se sintió tan humillada, tan aplastada, que por un momento deseó saltar sobre el indio para arrancarle los ojos.

Pero no se atrevió.

Lo que leía en aquellos ojos negros era tan intenso tan profundo

y grave como una sentencia de muerte.

Él escupió aún el último insulto:

—¡Te he dicho que largo de aquí!

Y fue en aquel momento —en el instante en que lágrimas de humillación y de vergüenza brotaban ya de los ojos de Pamela— cuando alguien aplaudió alegremente a su espalda.

CAPÍTULO VIII

PRÉSTANOS A LA CHICA

Ella se volvió.

Sus pupilas se dilataron de horror al ver a tres jinetes montados en tres caballos grises. Estaban junto a la esquina, y si ni el indio ni ella los habían oído llegar podía atribuirse al hecho de que estaban obsesionados con su propia disputa. Una disputa que los tres pistoleros de Stanley debían haber visto con muy buen humor, porque aún reían muy quedamente desde lo alto de sus caballos.

Uno de ellos murmuró:

—Pareces muy enfadado, Águila Negra.

El corazón de Pamela pareció dar un vuelco.

¡Dios santo! ¡Águila Negra! ¡De modo que ella había estado insultando al terrible jefe de la terrible rebelión india!

Ahora se fijó mejor en él. Y se dio cuenta de que correspondía exactamente con la descripción que le habían dado: unos treinta y cinco años, con facciones de hombre blanco, alto, fuerte…

Águila Negra miró a los tres jinetes con expresión llena de indiferencia.

—¿Qué buscáis aquí?

—Calma, calma, Águila Negra. No te enfades con nosotros. Ya sabes que Stanley no lucha contra ti.

—Stanley va a lo suyo —dijo otro de los jinetes—. Y tienes que agradecerle el que a veces te ha hecho llegar informes sobre la situación de las tropas. Nosotros lo sabemos todo y lo vemos todo, ¿eh? Je, je…

—Por eso yo tampoco me he metido con los hombres de Stanley

—dijo Águila Negra, secamente—. Y ahora, dejadme en paz.

—Un momento, amigo. Nos ha encantado lo que acabas de llamarle a esa chica.

—Lo merecía —añadió otro de los jinetes.

—Se ve a la legua que es una golfa.

—Una golfa asquerosa.

—Pero está estupenda, ¿sabes, Águila Negra?

—Tú no estás acostumbrado a las mujeres blancas.

—Por eso no sabes apreciar.

—Y no hay duda de que ésta es guapa de veras.

—¡Pero, qué buena está!

—Por eso nos la llevamos, Águila Negra.

—Ya te enviaremos sus pedazos.

—Vas a tener una venganza completa.

Águila Negra guardó silencio.

Sus ojos seguían teniendo aquella terrible expresión de hielo. Ni siquiera habían pestañeado. Cualquiera hubiese dicho que no hablaban con él.

Los tres hombres descabalgaron.

Se acercaron a Pamela como si ya fueran sus dueños.

Uno de ellos la sujetó por los hombros.

Otro por las piernas.

La trataban igual que un fardo o un animal, como si no tuviera sensibilidad ni alma.

Pamela miró, aterrorizada, hacia Águila Negra.

Se sintió más perdida que en ningún otro momento de su existencia anterior. Supo, con una brutal intensidad que dentro de unas horas no quedaría de ella más que un cuerpo sangrante, abandonado en cualquier hondonada.

Pero no era eso lo que la aterrorizaba, con ser algo tan espantoso.

Lo que la aterrorizaba era que su cuerpo sangrante fuese abandonado a los buitres por los siete forajidos.

Casi la arrastraron.

—Ven, preciosa. Stanley estará deseando ver tu cara.

—Adiós, Águila Negra. Ya te avisaremos, si el ejército se da otra ronda por aquí.

Y tiraron salvajemente de los cabellos de Pamela para dominar

los espasmódicos y desesperados movimientos de ésta.

De pronto, se oyó la voz del apache.

Era una voz helada como la hoja de un cuchillo:

—Soltadla.

Los forajidos no la soltaron.

Sólo dejaron de arrastrarla y miraron al indio como si no creyeran lo que acababan de oír.

—Pero, Águila Negra… ¿qué dices?

—He dicho que la soltéis.

—Tú mismo has gritado que era una maldita.

—Y no te faltaba razón…

—Ella te ha ofendido.

—Merece la muerte.

—¿A qué viene el defenderla ahora?

La voz de Águila Negra volvió a ser tan cortante como una hoja de acero.

—Es una mujer —silabeó.

—Ya lo vemos. ¡Y qué mujer!

—Mis guerreros las respetan —dijo el apache—. Por lo menos, si yo sé que alguno de ellos no las ha respetado, lo hago arrastrar por dos caballos salvajes.

Uno de los pistoleros tragó saliva bruscamente, porque se imaginó la escena. Pero logró balbucir:

—Águila Negra, no vas a defender a una zarrapastrosa que te ha abofeteado.

—He dicho que es una mujer. Y está indefensa.

—Mira bien lo que haces, Águila Negra. No te pongas enfrente de los hombres de Stanley.

—Si hace falta, yo me pongo enfrente de una división de artillería, antes de consentir que una mujer sea ultrajada y asesinada, como pensáis hacer vosotros.

Los dientes de uno de los forajidos rechinaron.

—No te pongas gallito, apache —masculló—. Del mismo modo que te decimos a ti dónde está el ejército, podemos decir al ejército dónde están tus hombres.

—Haced lo que os dé la gana, pero soltad a esta mujer. ¡Soltadla inmediatamente!

Los tres pistoleros rieron a la vez. Ahora estaban muy seguros de

su fuerza. Los tres llevaban revólveres, mientras que Águila Negra no tenía a mano más que su hacha.

—Te estás poniendo muy valiente, apache… Y muy idiota. No te expongas a perder tu piel, por defender a una golfa. Porque nosotros te la arrancaremos, apache. Somos tres… y sabemos manejar las armas.

—Está bien. Probadlo.

Era todo un desafío.

Los tres hombres enrojecieron.

Y llevaron las manos a los «Colt», dispuestos a acabar con aquel entrometido por la vía rápida.

De pronto, se oyeron dos gritos de horror.

Uno de ellos lo lanzó Pamela, porque nunca había visto nada semejante. El otro lo soltó uno de los pistoleros, en el momento de morir Lo que sucedió fue increíble.

Bueno, increíble para todo aquel que no hubiera visto trabajar al jefe de los apaches.

Éste había lanzado el hacha con tal rapidez y precisión, que resultó más rápido que las manos buscando los revólveres. También la fuerza resultó asombrosa, alucinante. Porque el filo del hacha atravesó el hueso frontal del forajido… ¡hundiéndose en su cabeza!

El siniestro «chaask» hizo que otro de los pistoleros se volviera, vacilando.

Pero su compañero no se entretuvo. Disparó rabiosamente sobre Águila Negra.

No le alcanzó.

El apache se había lanzado sobre su compañero muerto, esquivando la bala, al adivinar la dirección que ésta llevaría. Y de repente, otra hacha apareció en sus manos. Era la del muerto, porque un guerrero apache procuraba no separarse de sus armas jamás, ni siquiera durante la agonía.

La lanzó también.

Y se oyó otro alarido de dolor y de asombro.

El segundo forajido había recibido el hachazo en el cuello, que quedó partido como si se tratara de un delgado tronco. El otro intentó huir, dándose cuenta de que no estaban luchando contra un hombre, sino contra el mismísimo diablo.

Pero el indio saltó como un gato salvaje.

Cayó sobre la espalda del fugitivo, sujetándole el cuello.

Lo retorció de una forma extraña.

Lo retorció de tal modo que Pamela, al verle, sintió hasta en sus huesos un ramalazo de horror.

Se oyó un lúgubre y siniestro «raaak».

Y el pistolero cayó con el cuello roto. Pamela Winter estaba anonadada. Petrificada.

No podía creer que, en menos de medio minuto. Águila Negra hubiera acabado con tres hombres armados, y que le llevaban todas las ventajas.

Se llevó las manos al rastro.

Y farfulló:

—¡Dios santo!

Águila Negra dijo, con voz chirriante:

—Y ahora, vete…

—Sí, será mejor que se vaya —dijo entonces alguien que estaba a su izquierda—. Será mejor que la chica se vaya porque así tú y yo podremos hablar más cómodamente.

CAPÍTULO IX

LA LLAMARADA DEL ODIO

Pamela miró hacia allí.

Y una lucecita de esperanza brilló en sus ojos al ver que era Kerrigan el que acababa de hablar. Un Kerrigan, al parecer muy tranquilo, que, con las manos caídas a lo largo del cuerpo, les contemplaba desde unos cinco pasos de distancia.

De pronto, se oyó una especie de rugido.

Un rugido de animal salvaje.

Pamela volvió la cabeza hacia el indio, y quedó asombrada ante el cambio que se había operado en Águila Negra. Porque una de las muchas cosas que llamaban la atención en el indio era su perfecta impasibilidad. Ni siquiera cuando luchó a muerte con tres hombres se había inmutado.

Pero ahora sus facciones estaban cambiando. Ahora reflejaban un odio inhumano, un odio que estaba más allá de la muerte.

Tanto, que Pamela Winter no pudo creerlo.

Le pareció que tenía delante a un hombre distinto.

Kerrigan también se dio cuenta del cambio, naturalmente, pero él permaneció impasible.

—He dicho que quiero hablar contigo, Águila Negra.

Los dientes de Águila Negra rechinaron. Su voz también fue distinta cuando masculló:

—Me han asegurado que Churchill te paga para que me mates.

—Así es. Churchill me ha ofrecido una bonita recompensa por tu piel. Y si no le entrego tu piel, basta con que le entregue tus huesos. Él lo que quiere es saber que has muerto.

Los dientes de Águila Negra chirriaron otra vez.

—Muy bien, Kerrigan —barbotó—. Aquí tienes la oportunidad de hacer otra de tus canalladas. Aquí tienes la oportunidad de matarme. ¿Por qué no la aprovechas?

—He dicho que antes tenemos que hablar.

—Los hombres como tú no hablan con los labios, sino con el revólver. Los hombres como tú, Kerrigan, no tienen más voz que la voz del «Colt». ¿A qué esperas para disparar? ¿A qué esperas para matarme y cobrar tu sucia recompensa?

—Seguramente lo haré, Águila Negra, pero no antes de que hayamos hablado.

En los labios del apache flotó una helada sonrisa. Una sonrisa de hombre que ya no espera nada de la vida ni de la muerte.

—Muy bien, Kerrigan… ¡Pues hablemos! Sólo que yo acostumbro hablar con los puños.

Y Águila Negra se lanzó al ataque. Su salto, digno de un gato salvaje, fue aún más espectacular que el que había dado al lanzarse sobre el pistolero de Stanley. Cruzó el aire como una exhalación, sin dar tiempo a su enemigo para tocar el revólver.

Era igual que un proyectil humano.

Su cabeza chocó contra el estómago de Kerrigan, que hubo de encogerse con un gesto de dolor.

Inmediatamente, rodaron los dos por el suelo.

Águila Negra había quedado encima, pero esa situación no duró más allá de cinco segundos. Descargó dos veces sus terribles puños sobre la cara de Kerrigan, y dos veces encontró el suelo. Kerrigan había esquivado, de una manera casi inverosímil, teniendo en cuenta la situación en que estaba. Las flexiones de su cabeza fueron más rápidas que los puños del apache, el cual estuvo a punto de romperse los nudillos contra el duro suelo.

Pero ni siquiera pestañeó.

Inmediatamente, se le vio volar por los aires.

Kerrigan había arqueado el cuerpo, haciendo que el apache saliera disparado por encima de su cabeza.

Los dos hombres giraron sus cuerpos.

Estaban de rodillas uno frente al otro, porque ni siquiera habían tenido tiempo de ponerse en pie.

Se lanzaron al ataque, sin pensarlo, igual que dos locomotoras

lanzadas una contra la otra. Sus cabezas desnudas se encontraron en el aire y produjeron un «chaask» siniestro. Pamela tuvo la sensación de que se habían destrozado las cajas craneanas. Su sorpresa no tuvo límites al ver que, aunque vacilando, se levantaban los dos.

Kerrigan no había usado el revólver.

Y Águila Negra no tenía armas, pero eso parecía importarle poco. Arrancó de cuajo un tronco horizontal, que servía para amarradero de los caballos.

Su fuerza era la de un auténtico titán. Sus músculos parecieron esculpidos en bronce mientras alzaba el tronco con una rapidez increíble.

Lo descargó contra la cabeza de Kerrigan, que pudo apartarse a tiempo. El tronco se partió en dos, al chocar contra la baranda del porche, que quedó hecha añicos. Kerrigan rodó por el suelo, se estrelló de cabeza contra una pared y volvió a ponerse en pie de un salto.

Pero inmediatamente recibió en la cara la otra mitad del tronco.

El impacto fue brutal.

Sus facciones se cubrieron de sangre.

Águila Negra aprovechó el instante de desorientación para lanzarse a atacar a fondo. Sus puños volaron al encuentro de Kerrigan, pero dejó demasiado descubierta la cara.

Y entre los puños pasó la bota derecha de Kerrigan, que se estrelló como un cañonazo contra la mandíbula del indio. Éste lanzó un gruñido gutural mientras giraba sobre sí mismo, con los ojos en blanco y los brazos al aire. Kerrigan remachó su trabajo levantando la otra pierna y propinándole un terrible puntapié al hígado.

Parecía que ningún ser humano podría levantarse después de aquello. Águila Negra quedó en el suelo, al parecer exánime, mientras dos delgados hilos de sangre escapaban de su boca.

Pero cuando Kerrigan quiso lanzarse sobre él y patearle, la sorpresa que se llevó fue mayúscula. Porque los pies alzados de Águila Negra lo «recogieron amorosamente» en el aire, lo impulsaron y lo lanzaron salvajemente contra la pared de una de las casas, que se cuarteó totalmente.

Y ahora fue Águila Negra el que atacó. Sus puños buscaron rabiosamente la cara de Kerrigan.

La cara de éste ya se había teñido totalmente de rojo cuando

logró escapar al terrible castigo, dejándose caer desde el porche a la calle.

Kerrigan, semiinconsciente, se apoyó en la pared de un almacén cercano.

Pero Águila Negra no había terminado con él.

Movió un carro que estaba estacionado junto a la casa, y lo impulsó con fuerza demoníaca contra su enemigo, apoyado en la pared. Kerrigan pudo apartarse a tiempo, dando un fantástico brinco, porque de lo contrario hubiese acabado despedazado. La fuerza con que llegó el carromato hasta allí fue tan brutal, que hundió la pared entera.

Los dos hombres se miraron un instante con los ojos en blanco y los rostros cubiertos de sangre.

Todavía no habían terminado su siniestro trabajo, aún no estaba saciado su odio.

Fueron a lanzarse uno contra el otro de nuevo, hasta despedazarse con sus puños.

Pero en aquel momento se oyó el trote de un caballo, que llegaba rabiosamente hasta allí.

Un indio joven, de ojos oblicuos, sudoroso, detuvo su corcel junto a Águila Negra.

—¡Vamos! ¡Tienes que huir! ¡El ejército está llegando a la ciudad!

—¡Déjame en paz! ¡Antes tengo que terminar con éste!

—¡He dicho que tienes que huir! ¡Te capturarán si no te mueves aprisa! ¡Todo depende de un minuto!

Como Águila Negra no parecía dispuesto a hacerle caso, el indio tiró de él. Y el jefe apache estaba lo bastante tocado para no poder resistirse en aquel momento. Sin saber cómo, se encontró doblado sobre la silla, mientras el corcel galopaba de nuevo velozmente.

Lo de que el ejército estaba llegando no era una broma. Se oía bastante cerca el sonido de un cornetín de órdenes. La caballería se encontraba apenas a media milla de distancia; es decir, estaba ya prácticamente encima de la ciudad de Lander.

Pronto Águila Negra y el hombre que lo había sacado de allí se perdieron de vista. A cierta distancia, por las esquinas, se vieron también las galopadas de otros apaches que huían.

Kerrigan avanzó, tambaleándose, hacia el abrevadero más

cercano.

Había recibido lo suyo. Había recibido unos impactos tan brutales, que parecía mentira que aún pudiera sostenerse en pie.

Introdujo varias veces la cabeza en el abrevadero, y eso le despabiló.

Pamela se acercó a él.

—No has usado tu revólver —susurró.

—No. Ya has visto que no.

—¿Por qué no lo has matado? Pudiste hacerlo.

—¿Qué hubieses preferido? ¿Que lo matara como a un perro? —preguntó él, bruscamente.

—No. Águila Negra merece morir de otra manera —bisbiseó la muchacha.

—Entonces, déjame en paz.

—Kerrigan, ¿qué hay entre tú y él? ¿Por qué te odia de esa manera?

—¿No lo sabes? —preguntó, burlonamente, el pistolero—. Yo asesiné a su única hermana.

—¿Es posible que tú hicieras eso?

—¿Y aún lo dudas?

—¡Cana…!

Pero no llegó a terminar el insulto.

En aquel instante, los primeros elementos de la caballería irrumpieron en la calle.

Al frente de ellos iba el coronel Churchill. Detuvo a su corcel con un seco tirón de riendas, mientras miraba, asombrado, a los muertos.

—¿Qué inflemos ha pasado aquí? ¿Es cierto que Águila Negra estaba en la ciudad, hace unos momentos?

Kerrigan alzó un poco las manos.

—Sí, coronel.

—¿Y no lo ha matado?

—No he podido.

Churchill hizo un gesto de menosprecio.

—Me estoy preguntando si no hice mal al contratarle a usted, Kerrigan. Parece que ya no es, ni de lejos, el pistolero implacable del que me habían hablado.

Kerrigan envió al aire una sonrisa helada.

—¿Qué quiere que le diga, coronel? Uno se va haciendo viejo.

—¿Águila Negra ha huido?

—Sí.

—¿Hacia dónde?

—Es inútil, coronel. No se moleste porque ya no le dará alcance.

—¡Eso es cosa mía!

Y el coronel miró a su cornetín, mientras ordenaba:

—¡Toca marcha! ¡Vamos a perseguir a esos buitres! ¡Vamos a perseguirlos, aunque sea hasta el mismísimo infierno!

La estridencia del cornetín rompió largamente la quietud del aire.

Los jinetes azules se estaban agrupando.

Sus caballos estaban cansados y hambrientos, tan cansados y hambrientos como los jinetes. Éstos iban cubiertos de polvo, lo cual era una prueba de las tremendas galopadas, que se estaban dando, sin ningún resultado. Patrullaban todo el territorio en busca de unos indios que se esfumaban como el vapor, para reaparecer más tarde a espaldas de los soldados y asestarles sus mortíferos golpes.

Cuando la caballería hubo pasado, aún flotó durante largos minutos sobre la pequeña ciudad una densa nube de polvo.

Kerrigan volvió a meter la cabeza en el agua del abrevadero.

Luego, masculló:

—No los atraparán nunca. Pero, en fin, no es cosa mía. Allá el coronel Churchill con su táctica.

Volvió al saloon donde residía provisionalmente. Pamela, en silencio, fue tras él. Quizá lo hizo porque no sabía adónde ir. O quizá lo hizo porque aquel hombre, al que empezaba a odiar, la fascinaba de un modo sorprendente.

Cuando llegaron al saloon, vieron a Spencer junto a las estanterías de las botellas. Spencer parecía dispuesto a no moverse de allí, ni aunque una manada de bisontes pasara por encima de su cabeza.

Pamela masculló:

—No parece preocuparte demasiado lo que a mí me suceda, Spencer.

—Señorita Winter, debo recordarle que yo soy su secretario, designado por la Cámara de Representantes, pero no soy su guardaespaldas.

—Es que tampoco pareces preocuparte demasiado de trabajar, Spencer. ¿Qué diablos has estado apuntando hasta ahora?

—Las botellas que hay en esos anaqueles.

—¡Ya lo has apuntado doscientas veces!

—No crea, no es tan sencillo. Lo que sucede con esas botellas me tiene preocupado.

—¿Qué sucede?

—Su número varía.

—¿Varía?

—Sí, sí,… Debe ser cosa de brujas.

—¿Cuántas botellas hay ahora?

—Hip… Sesenta.

—¡Pero si había sesenta y dos o sesenta y tres!

—Por eso le he dicho que es cosa de brujas.

Pamela fue a soltar una palabrota, una de esas… palabrotas que nunca quedan bien en boca de una señorita, y menos si esa señorita es representante del Congreso.

Pero tuvo que callarse porque en aquel momento entró Derby en el saloon.

Derby venía bastante pálido.

Señalando hacia afuera, mascullό:

—El ejército está persiguiendo a los apaches, pero no creo que lleguen a entablar combate. Los indios les llevan una buena delantera.

—Sí, eso creo —susurró Kerrigan—. Lo curioso es que Águila Negra nunca ha estado tan cerca de caer en las manos de Churchill. Afortunadamente para él, se lo ha llevado uno de sus hombres.

—¿Quién?

—Creo que se llama Gato Montes.

—Gato Montes es el lugarteniente de Águila Negra —murmuró Derby.

—Pues de no ser por él, la rebelión ya habría terminado. ¿Quieres un trago, Derby?

—No, ahora no me apetece.

—Si necesitas algo, dímelo. Mientras tanto, voy a descansar un rato.

Y se dirigió hacia el piso superior, donde estaba la puerta que tanto había dado qué pensar a Pamela Winter.

Derby susurró:

—Comprendo que necesite descansar un rato… Tiene en la cara las huellas de haber recibido una soberana paliza.

—Él también la ha dado.

—¿A quién?

—A Águila Negra.

Derby hizo un gesto como indicando: «Diablos». Pero no despegó los labios. En todo caso, cuando fue a decir algo, Pamela Winter ya no estaba allí.

La muchacha apareció de pronto junto a Kerrigan cuando éste abría la puerta. Su aparición fue tan inesperada, que el pistolero tuvo como una sacudida.

—¿Qué haces aquí?

—Quiero hacerte una pregunta.

—¿Sobre qué?

—Muy sencillo: ¿quién está en esa habitación?

Kerrigan apretó los labios.

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importa. ¡Claro que sí! Y me importa, por una razón fundamental.

—Me gustaría saberla.

—Pues es ésta: Nos guste o no, estamos metidos hasta el pescuezo en el sitio más peligroso de la rebelión india. Somos cuatro, o mejor dicho, tres, porque Spencer no pinta para nada. Si hemos de correr peligros juntos y si nos hemos de jugar la piel, lo lógico es que no existan secretos entre nosotros. Que no haya trampas, quiero decir. Si ocultas a alguna mujer, debes explicarlo.

—¿Por qué una mujer?

Pamela no dijo de ningún modo que había entrado en la habitación antes. Se limitó a declarar:

—No sé, pero sospecho que tiene que tratarse de una mujer. Es decir, estoy segura.

Kerrigan no respondió.

Se limitó a reír burlonamente.

Abrió la puerta con la llave de que era dueño, entró y cerró en las mismísimas narices de la muchacha.

Ésta apretó los puños con rabia.

Nunca le habían hecho un desplante así.

Aquel sucio pistolero no sólo no tenía en cuenta que ella era un miembro del Congreso. ¡No tenía en cuenta ni que ella era una señorita!

Masticando su propia ira, Pamela Winter volvió hacia la que ya podía llamar su habitación. Miró por la ventana y vio que la población de Lander estaba otra vez espantosamente vacía, desierta. Ya no se distinguían a lo lejos ni las nubes de polvo levantadas por los caballos.

La muchacha volvió a apretar los puños.

Sentía una sorda rabia, un oscuro deseo de abofetear a alguien.

Bueno, no a alguien en general, sino concretamente a Kerrigan.

Nunca un hombre la había despreciado de tal modo.

Nunca la había ignorado tanto, como si ella fuese un objeto en vez de ser una mujer.

Claro que no tenía por qué preocuparse. Al fin y al cabo, ¿qué le importaba a ella, una mujer de categoría, lo que hiciese un sucio pistolero?

Sin embargo, no lograba quitárselo de la cabeza.

Estaba obsesionada. Hubiese querido ver a aquel hombre a sus pies, pidiendo perdón. O hubiese querido verlo muerto.

Al fin, tomó una decisión, tras dar varios paseos nerviosos por la estancia.

Aquel tipo iba a oírle.

¿Qué se había creído?

Llegó hasta la habitación, y se detuvo ante la puerta. La mano, que ya estaba sobre el pomo, se inmovilizó. Y se inmovilizó sobre todo porque acababa de oír detrás de la hoja de madera un susurro de voces.

La voz queda de Kerrigan… ¡y la voz suave de una mujer!

Pamela apretó los labios.

¡Ya estaba!

¡Ahora iba a descubrir a la intrusa!

Abrió bruscamente, porque al contrario de la otra vez, ahora la puerta no estaba cerrada con llave.

Y los vio.

La chica era muy hermosa.

Una auténtica girl.

Además, por el modo de llevar la ropa, parecían no importarle

demasiado según qué exhibiciones.

Ninguno de los dos hablaba ya.

Se estaban besando.

¡Y de qué modo!

Pamela quedó lívida de rabia.

¿O de envidia?

El caso fue que, cuando Kerrigan volvió la cabeza hacia la puerta, ella increpó:

—¡Miserable!

—Miserable, ¿por qué?

—¡No eres más que un canalla!

—Nunca lo he negado.

—¡Y un mujeriego!

—Tú misma has sabido, desde el principio, que en esta habitación yo escondía a una chica.

—¡No hacía falta que la escondieras tanto!

—Es que no quiero que Derby me la quite.

—¡Eres un… un… un…!

Kerrigan la cortó con una helada sonrisa.

—¿Satisfecha tu curiosidad, muñeca? Ahora ya has visto lo que ocultaba aquí. Nunca he negado que lo que más me gusta de este mundo son las mujeres, de manera que no tienes por qué extrañarte el que me haya hecho acompañar por una, y el que, además, me la reserve en exclusiva. Y ahora que lo sabes todo… ¡buenos días, compañera! ¡Largo de aquí!

Y cerró de nuevo la puerta en las narices de Pamela Winter.

Ésta volvió a apretar los puños, mientras su boca producía un chasquido de indignación.

Hubiera querido matar a Kerrigan.

¿Hubiera querido matarle porque era de otra?

La muchacha no hiló tan fino. Lo único que deseaba… ¡era verle muerto! ¡Y cuanto antes, mejor!

Oyó, de pronto, más allá de la hoja de madera, el chasquido de otro beso.

Y esta vez su rabia fue tan inmensa, que sintió hasta deseos de llorar. Pero no le quedó más remedio que aguantarse.

Fue de nuevo hacia su habitación y se encerró en ella, con las facciones desencajadas, mientras se consolaba pensando en el efecto

que haría Kerrigan cuando los apaches lo atraparan y lo hicieran arrastrar por dos caballos salvajes.

Siempre era un consuelo pensar que acabaría sucediendo eso.

Pero si a Kerrigan lo hacían arrastrar por los caballos, ¿qué harían con ella?

Eso no le importaba, por el momento.

Lo único que quería era ver a Kerrigan muerto.

CAPÍTULO X

CHURCHILL ESBOZA UN PLAN

Estaba anocheciendo cuando la caballería volvió. Al frente de los jinetes, como antes, iba Churchill. Todos seguían cubiertos de polvo, tenían aspecto reventado y sostenían los rifles como si sostuvieran escobas. Se notaba, ya al primer golpe de vista, que su misión, al perseguir a los apaches, había constituido un fracaso.

Los hombres tenían ganas de desmontar y de tenderse en el suelo. También tenían ganas de empinar el codo y de acabar con las existencias de botellas que pudiera haber en Lander. Pero Churchill no les permitió que se quedaran en la ciudad.

—Hay que prevenir un ataque indio —determinó—. Son capaces de volver, después de que les hemos perseguido durante todo el día. Tenemos que instalar el vivac rodeando la ciudad y cubriendo todas las entradas. Sólo un pequeño retén se quedará en la iglesia. No quiero que nadie abandone su puesto, Los turnos de centinela serán de una hora solamente, y al que se distraiga, lo someteré a consejo de guerra.

Se notaba que Churchill estaba nervioso.

Tenía miedo de que los apaches surgieran como fantasmas desde todos los puntos de la llanura.

El cornetín de órdenes tocó marcha.

Los soldados no iban, pues, a quedarse en Lander.

Se oyeron algunas maldiciones en voz baja, pero la larga columna siguió avanzando y dejó atrás la calle principal. Diez hombres se quedaron en la iglesia, constituyendo un pequeño retén. Los demás desaparecieron en la llanura, siendo tragados por la

oscuridad. Pero poco después se vieron brotar aquí y allá pequeñas hogueras, rodeando a Lander.

Churchill y los dos oficiales que formaban su Estado Mayor volvieron a la ciudad media hora más tarde. Con ellos venía el ranchero Manson. Manson había estado guiando a las tropas durante todo el día, sin ningún resultado.

Los cuatro hombres hicieron lo mismo. Los cuatro metieron sus cabezas en el abrevadero que había delante del saloon, hasta librarse del polvo. Luego, entraron en el local, en cuya planta baja no estaban más que Pamela Winter, Derby y Spencer. El coronel tomó una botella, bebió un largo trago y luego la pasó a sus compañeros, que bebieron igualmente.

Churchill lanzó una imprecación.

Se sentó ante una de las mesas y extendió sobre ella un plano de la comarca. Sus ojos lo examinaron largamente, antes de que el oficial murmurara:

—Es inútil. No lograremos nada, por ese camino. Manson se inclinó sobre él.

—¿Qué quiere decir, coronel?

—Toda esta comarca es un laberinto. Los apaches pueden ocultarse donde les dé la gana.

—Yo la conozco tan bien como ellos, coronel. Y les he guiado por todas partes.

—Sin resultado.

—De eso nadie tiene la culpa. Los apaches se ocultan muy bien. Son maestros en ese arte.

—Eso quiere decir que asestarán sus golpes cuando ellos quieran y en el terreno que más les convenga —reconoció Churchill, tristemente.

Manson cabeceó.

—Más o menos la realidad es ésa, coronel. Nos guste o no nos guste, ellos tienen la iniciativa.

—Pero podemos recobrarla —dijo Churchill.

—¿De qué modo?

El coronel señaló en el plano una pequeña zona.

—Hasta ahora, los apaches han dispuesto de una especie de santuario —dijo—. Ese santuario es el centro de la reserva, es decir, el lugar donde están sus mujeres e hijos. Lo hemos respetado

escrupulosamente.

Manson palideció.

—¿Qué trata de decir, coronel?

—Nada nos impide atacar ese santuario.

—¿Atacar un sitio… donde sólo hay mujeres y niños?

—Ellos atacan a ranchos indefensos, ¿no? Ranchos donde también hay mujeres y niños.

—Pero no los matan. Hasta ahora, los que no podían defenderse han sido respetados.

—Tonterías… He visto mujeres y niños muertos en los ranchos incendiados. Es algo que nunca olvidaré.

—Dudo que Águila Negra haya ordenado eso. —Dijo Manson—. Los autores de esas fechorías han tenido que ser algunos indios desmandados. Siempre los hay, en estos casos, desgraciadamente.

El coronel se puso un cigarro en los labios y clavó en Manson unos ojos donde se leía una chispita de sospecha.

—Usted siempre ha tenido una gran simpatía a Águila Negra, Manson. No ha tratado de ocultarlo.

—No, no he tratado de ocultarlo. Ya le he dicho que le conozco desde que era un niño.

—Basta de tonterías, Manson. Voy a atacar el campamento de los apaches.

—Coronel, ¿está loco?

—¿Por qué?

—Lo someterán a un consejo de guerra por eso.

—Nunca someten a un consejo de guerra por matar a unos cuantos indios —dijo despectivamente el coronel—. Pero tampoco trato de hacer eso. No me dedicaré a machacar a sablazos los cráneos de unos cuantos niños apaches. Lo que trato es de hacer creer a Águila Negra que voy a organizar una matanza. Entonces, ellos tendrán que volver a la reserva, y no les quedará más remedio que presentar batalla.

Manson se dejó caer sobre una de las sillas. Parecía terriblemente abatido, como si se hubiera quedado sin fuerzas.

—No lo haga, coronel —susurró.

—¿Qué es lo que teme, Manson?

—Simplemente, los imprevisibles. No se puede enviar a varios escuadrones de caballería a rodear un campamento indio, sin que se

intercambien algunos disparos y se produzcan algunas víctimas. Cuando cae muerto el primer hombre, nadie sabe lo que puede suceder. Los soldados pueden ponerse nerviosos y surgir una matanza. Algunas de las que han ensangrentado este suelo, han surgido por motivos menos importantes.

El coronel rechinó los dientes.

—Había un tratado de paz con los apaches y ellos lo han violado —dijo—. Merecen la muerte.

—Águila Negra no provocó esa rebelión —dijo Manson—. Él estaba en Yuma, cuando se preparó.

—Pero se puso al frente.

—Quizá para controlar. Águila Negra se encontró con el hecho consumado. Y si se puso al frente de sus hombres, que le consideraban su ídolo, ha sido tal vez para que no hubiera víctimas inútiles y para que la rebelión no fuese demasiado lejos.

—Entonces, ¿qué cree que pretende?

—Simplemente, ponerle las cosas feas al ejército, y forzar un tratado de paz más beneficioso para los apaches. No olvide que ellos han perdido casi todas sus tierras y casi todos sus derechos. Yo formo parte de los rancheros que se han beneficiado con eso, pero a veces, cuando lo pienso, se me cae la cara de vergüenza. No es justo que los hayamos tratado así, y Águila Negra sabe que somos bastantes los que pensamos de ese modo. Sencillamente, trata de obtener una paz más lógica.

—Pues bastantes de sus hombres han cometido desmanes.

—No puedo creer que el propio Águila Negra los mande.

—Insisto en que le tiene demasiada simpatía, Manson.

—Simplemente, le conozco bien.

—Pues yo, en su lugar, no me fiaría demasiado.

Manson apoyó ambas manos sobre la mesa del coronel.

Su mirada era suplicante.

—Óigame, Churchill: yo no he vacilado en guiarles por los sitios más peligrosos y en jugarme la piel como un soldado más. Creo que eso, y el hecho de ser el ranchero más antiguo de la comarca, me autoriza a pedirle algo.

—¿Qué quiere pedirme, Manson?

—Piense mejor lo de atacar el campamento indio. Reflexione durante veinticuatro horas. No es demasiado pedirle, ¿verdad?

—Y usted, ¿qué hará mientras tanto, Manson?

—Reflexionaré también.

Churchill retiró poco a poco el cigarro que se había puesto en los labios.

—De acuerdo, Manson, voy a dar una oportunidad a sus sucios amigos. Estaré quieto durante veinticuatro horas, en las cercanías de Lander, mientras decido lo que he de hacer. Pero después, no respondo. Y tampoco respondo de lo que ocurra, según cual sea la reacción de los apaches durante esa especie de tregua.

Manson retiró las manos de la mesa, mientras en sus ojos renacía una lucecita de esperanza.

—Gracias, coronel. Sabía que era usted un hombre de honor, y esto me lo ha demostrado. Dentro de unos meses se dará cuenta del acierto que acaba de tener.

Y Manson salió.

Churchill le miró pensativamente, mientras volvía a colocar el cigarro en sus labios. Uno de sus ayudantes se acercó.

—¿Adónde va ese hombre, coronel? ¿Qué piensa que trata de hacer?

—No lo sé, pero es posible que trate de ponerse en contacto con Águila Negra. Al fin y al cabo, es su amigo. Tal vez le dé consejos, como me los ha dado a mí. En fin, tanto peor para él.

Y se encogió de hombros.

No le sorprendió en absoluto oír, al cabo de unos minutos, el galope de un caballo que se alejaba. No le sorprendió en absoluto saber que Manson iba al encuentro de los apaches.

—Al menos, él no corre peligro —murmuró—. Es amigo de todos ellos.

CAPÍTULO XI

UNA BALA EN LA OSCURIDAD

Manson había galopado durante todo el día, pero supo dominar su cansancio. La situación era tan grave, que no podía permitirse el lujo de vacilar ahora. Si los hombres de Churchill llegaban al corazón de la reserva india, se podía producir un verdadero desastre.

Picó espuelas.

No sabía exactamente dónde podía encontrar a Águila Negra, pero le buscaría toda la noche, si fuera necesario. Además, estaba seguro de que los propios apaches, que ya debían estar vigilándole, le conducirían hasta su jefe.

Se introdujo por una vaguada.

Había salido la luna, y eso le permitía ver el paisaje con cierta claridad. Eso le permitió ver también que un jinete le esperaba al final de la vaguada.

Manson suspiró, satisfecho, y tiró un poco de las riendas para que frenara su caballo. Ya había encontrado al primer apache. Pronto le conducirían ante Águila Negra.

Pero, de pronto, sus ojos se entrecerraron.

¿Quién era aquel hombre? ¿Dónde lo había visto antes? ¿Qué quería?

Manson echó la cabeza hacia atrás.

Había visto algo que no le gustaba. Acababa de ver brillar un «Colt» en la derecha de aquel jinete.

Balbució:

—Pero ¿qué…?

No llegó a terminar la frase.

De pronto, una llama color naranja partió de aquel «Colt». Manson alzó instintivamente las manos. Se las llevó a la cara y las retiró empapadas en sangre.

Fue su último gesto.

Inmediatamente después, cayó del caballo, con la cabeza atravesada, mientras el caballo de su asesino caracoleaba junto a él, y terminaba huyendo al galope bajo las sombras de la noche.

CAPÍTULO XII

UN GUERRERO APACHE

Fue a la mañana siguiente cuando el jinete se presentó a toda velocidad en la calle principal de Lander. Era uno de los patrulleros enviados por el coronel Churchill para batir el terreno y tratar de averiguar dónde estaban escondidos los apaches. Se detuvo ante el saloon en el momento en que el coronel se ponía el sombrero y se disponía a montar a caballo, para pasar revista a sus fuerzas y dar las órdenes ante la nueva jornada de lucha.

—¡Mi coronel!

Churchill hizo un gesto de extrañeza.

Pocas veces había visto a un soldado tan nervioso como aquél. No comprendía qué demonios podía pasarle.

—¿Has tenido un encuentro con los apaches?

—No, mi coronel, pero he visto a un hombre muerto. Era el ranchero Manson, el hombre que habló con usted anoche.

Churchill palideció.

—¡Infiernos! ¿Por qué no has traído su cadáver?

—No me he atrevido a detenerme, mi coronel. Me ha parecido que todos los alrededores estaban infestados de apaches.

—Pero ¿ni siquiera has podido averiguar con qué clase de arma lo habían liquidado?

—Con un revólver, mi coronel. Con uno de esos revólveres que ahora los apaches tienen.

Los nudillos de Churchill crujieron.

Sin decir una palabra, entró en el saloon y se encaró a Kerrigan, que estaba tranquilamente apoyado en una de las columnas.

—Oiga, Kerrigan —barbotó—. Usted estaba arriba cuando anoche Manson habló conmigo, pero supongo que oyó nuestra conversación. Él me pidió que tuviera paciencia. Me hizo creer que los apaches no son tan temibles como imaginamos.

—En cierto modo, estoy de acuerdo con él —dijo Kerrigan.

—Pues bien, Manson ha sido asesinado. Eso le demostrará quiénes son los hombres de Águila Negra. Manson era el único hombre que los defendía y lo han matado como a un perro. Le juro que a partir de este momento, no habrá piedad. ¡Le juro que los acorralaré y les liquidaré como a una manada de lobos!

Kerrigan palideció un momento.

Dio incluso la sensación de que había perdido su habitual serenidad.

No cabía duda de que la inesperada noticia de la muerte de Manson le había afectado profundamente.

Churchill le miró con ojos llameantes.

—También voy a decirle una cosa, Kerrigan. El ejército ha intervenido tarde, porque siempre hemos preferido no inmiscuirnos en los asuntos de las reservas, si éstos no eran muy graves. E incluso una vez después de intervenir nosotros, he procurado que el asunto se resolviera fuera del ambiente militar. Le contraté a usted para que matara a Águila Negra porque confiaba en sus dotes de cazador. Pero usted, sucio Kerrigan, no ha movido un dedo. Aceptó el encargo y, sin embargo, no ha hecho nada para terminarlo con éxito. ¡Ni siquiera lo ha empezado! Pues, ¿sabe lo que le digo, Kerrigan? ¡Váyase al infierno! Resolveré esto a mi manera. Arrasaré toda la reserva. Y usted no se meta en esto, Kerrigan… Ya no tiene nada que hacer. Ya no trabaja para el ejército.

Dio media vuelta, dirigiéndose hacia la puerta. Kerrigan llamó:

—¡Coronel!

Pero el otro fingió no oírle. Unos minutos después había montado a caballo y se había perdido de vista.

Kerrigan salió a la puerta.

Derby, que venía tras él, murmuró:

—No te preocupes, Kerrigan; no es asunto tuyo.

—Sí que lo es. Creo que jamás pasé por un momento tan angustioso como éste.

—Cierto. Estás sudando y no hace calor.

—Los que están agonizando también sudan —dijo Kerrigan, ásperamente.

—¿Qué crees que va a suceder?

—Un auténtico desastre. Y lo peor es que yo ya no puedo hacer nada para evitarlo.

En efecto, Churchill debía haber llegado ya junto al grueso de sus hombres.

Se oyó el cornetín que llamaba a formar.

Kerrigan rechinó los dientes, mientras mascullaba:

—¡Infiernos! Nadie podrá evitarlo. Ya es demasiado tarde.

Y en aquel momento vio la figura en lo alto del tejado.

Sus facciones se contrajeron.

Al instante, con su cuerpo cubrió el de Derby, mientras gritaba:

—¡Cuidado!…

La bala les rozó a los dos. De no ser por el rapidísimo movimiento de Kerrigan, tapando a Derby y arrojándolo al suelo, éste hubiera sido atravesado. El guerrero apache que estaba en lo alto del tejado trató de cambiar de posición para disparar otra vez.

Ya no pudo.

Desde el suelo, manteniendo el revólver quieto junto a la cadera, Kerrigan disparó dos veces.

Su puntería fue asombrosa, teniendo en cuenta la distancia a que el apache se encontraba.

El del tejado se contorsionó dos veces.

Hizo una extraña pirueta, resbaló y cayó al fin a la calle, donde levantó una nubécula de polvo.

Kerrigan se acercó a él, mientras enfundaba el revólver.

No se fijó apenas en el caído, porque supo desde el primer instante que estaba muerto. Pero, en cambio, sí que se fijó en su rifle; en realidad, fue lo único que le llamó la atención. Susurró:

—¿Te das cuenta, Derby?

—¿De qué?

—Es un último modelo. Ni siquiera nuestros guías, que son los hombres mejor armados, tienen aún rifles así.

—¿De dónde lo habrá sacado?

—Alguien se lo habrá vendido a los apaches. Siempre hay quien les facilita las mejores armas a buen precio. Armas acabadas de salir de la fábrica, y que el ejército ni siquiera ha podido probar aún. Los

indios llevan una vida muy sacrificada, y a veces, hacen economías. Las suficientes para arruinarse luego comprando armas cada vez que hay una revuelta.

—Comprendo.

—Pero no es eso lo que me preocupa ahora.

—¿Qué te preocupa, pues?

—Este hombre; mejor dicho, su rifle.

—No llego a entenderte, Kerrigan.

—Es evidente que los apaches no tienen más que una o dos armas de esa clase. No se las confiarían a cualquiera. Me parece seguro que el hombre al que acabo de matar era uno de los mejores tiradores de la tribu, y le habían asignado una misión muy concreta.

—¿Cuál?

—Matarte a ti.

Derby palideció.

—¿A mí? Eso es absurdo… Nunca he sido enemigo de los apaches. Más bien todo lo contrario…

—Eso es lo que me extraña, Derby. Pero hay tantas cosas que no tienen sentido, que ya no importa una más. Quizá Águila Negra está perdiendo la serenidad, y ya da órdenes propias de un loco. En fin, pronto lo comprobaremos. De momento, olvidemos esto.

Y se dirigió hacia la puerta del saloon, mientras Derby recogía pensativamente el rifle del muerto.

Pamela Winter lo había visto todo. Sus facciones aparecían intensamente pálidas.

—Los apaches vuelven a estar en la ciudad, Kerrigan —musitó.

—No, no han vuelto a entrar en Lander. Ése era un caso especial. Le habían ordenado que se infiltrase y matase a un hombre.

—¿A Derby?

—Si.

—Hay algo que no entiendo, Kerrigan. Bueno, hay muchas cosas que no entiendo, pero ésta es una más.

—¿A qué te refieres?

—Tú te has jugado la vida por salvar la de Derby.

Kerrigan se encogió de hombros.

—Prefiero no hablar de eso —dijo sencillamente.

Pero la muchacha insistió, pegándose a él:

—¿Qué relación te une a ese hombre? ¿Por qué has tratado de salvarle?

—Por una deuda de gratitud que tengo con él.

—¿Te salvó él a ti?

—No, pero su padre salvó al mío. Su padre era un gran hombre, y Derby mismo es un buen muchacho. Recuerdo muy bien las últimas palabras de mi padre, antes de morir: «Cuida de él, siempre que puedas. Hay deudas de gratitud que no se terminan de pagar nunca». Y la verdad es que hasta ahora no había tenido ocasión de hacer nada por Derby.

Anduvo lentamente a lo largo del porche, alejándose del saloon. Ella le siguió mecánicamente. Doblaron la esquina y se encontraron solos. Era aquélla una soledad extraña, cargada de presagios.

Pamela Winter sintió una incomprensible ternura.

No sabía por qué, pero le gustaba estar junto al hombre y se sentía bien con él. Se sentía protegida, acompañada. Se sentía más mujer.

Pero, de pronto, la atormentó el mismo pensamiento que casi le había impedido dormir durante toda la noche anterior: el recuerdo de la otra mujer, la chica que Kerrigan tenía oculta y a la que había besado tan repetidamente. La chica a la que dedicaba, en secreto, sus noches.

Una especie de odio sustituyó a aquella ternura. Preguntó con un deje áspero en su voz:

—No sabía que tú eras de esos que hacen caso de los consejos de un padre moribundo, Kerrigan.

—Ya ves: hasta los renegados damos sorpresas, de vez en cuando.

—Si. Es curioso que un tipo como tú se haya acordado alguna vez de su padre.

—Más me acuerdo de una prima que vivía con nosotros —dijo Kerrigan con desenvoltura.

—¿Por qué? ¿También te dio consejos?

—No, pero maldita la falta que hacía. Ésa no necesitaba hablar. ¡Tenía unas piernas estupendas!…

Y se alejó de Pamela Winter, mientras ella decía, con entonación rabiosa:

—¡Insolente!

Tuvo la sensación de que el pistolero ni siquiera la oía.

Ella hizo un gesto de desdén, y se alejó hacia el otro lado de la calle, deseando ansiosamente estar sola.

Nunca se había sentido tan humillada, tan herida, y no sabía bien por qué.

Atravesó distraídamente una de las puertas —todas estaban abiertas en la ciudad abandonada— y anduvo unos pasos en la penumbra de una habitación desconocida.

Respiró la soledad.

Aquella soledad que tanto había deseado, aquella soledad que calmaba sus nervios torturados.

Hasta que se dio cuenta de que aquella sensación era falsa.

De que no estaba sola.

Hasta que recibió aquella respiración caliente, tensa, en su espalda…

CAPÍTULO XIII

UNA SEÑAL EN EL PECHO

Se volvió, lanzando un gemido.

Estaba segura de que otro de los hombres de Stanley se había situado tras ella, en cuyo caso volvía a correr un grave peligro. Pero no, no era ninguno de aquellos granujas. Se trataba, por el contrario, del hombre que había dado su merecido a tres de ellos.

Águila Negra la sujetó por los hombros.

Tenía una fuerza hercúlea, pero sin embargo, su gesto estuvo lleno de suavidad.

—Por favor, no grite.

—¿Qué hace usted aquí?

—Los soldados me persiguen por la llanura, y yo he vuelto con mis hombres a la ciudad. Es una de las más viejas tácticas de los apaches: volver al sitio que los soldados acaban de abandonar. Los hombres blancos son inteligentes y organizados, lo reconozco, pero en otros aspectos, son idiotas. Hay cosas que no acaban nunca de aprender.

Retiró poco a poco las manos de los hombros de Pamela Winter, indicando así que no quería hacerle ningún daño, y que la dejaba libre.

—Puede haber pelea —susurró—. Le aconsejo que se vaya.

—Águila Negra… —dijo la muchacha con voz insegura, en lugar de irse—. ¿Por qué se han sublevado ustedes? ¿Qué buscan?

—¿Y por qué he de contestarle a esa pregunta?

—No olvide que soy miembro del Congreso de Estados Unidos, y que he venido a hacer una información.

—En ese caso, le diré que no me sublevé yo. Yo me escapé de Yuma cuando la revuelta ya estaba organizada.

—¿Y por qué se puso al frente de ella?

—En primer lugar, porque sólo yo podía hacerlo, ya que soy el auténtico jefe de los apaches, y el único que puede guiarles en la pelea, con alguna probabilidad de éxito. No porque yo sea más listo, sino porque he vivido la guerra desde niño. En segundo lugar, porque mientras yo dirija esta rebelión, puedo evitar que se cometan ciertas atrocidades. Es decir, puedo controlarla.

—No es usted sólo el que cree eso, Águila Negra. Pero ¿qué tratan de lograr? ¿Qué buscan?

—Una paz más honrada. Trato que los hombres blancos se den cuenta de que los apaches pelearemos hasta que se nos considere seres humanos.

—¿Usted cree que no se les considera así?

—Todo ha dependido de las épocas. Ha habido ocasiones en que hemos obtenido un tratado de paz justo, conservando unos lotes de tierra suficientes para que nuestro pueblo viviera. Pero luego han llegado los rancheros ambiciosos, que se han puesto de acuerdo con jefes militares más ambiciosos aún. «¿Para qué quieren los apaches tanta tierra? —Se han preguntado—. ¡Ellos no saben cultivarla! Nosotros las aprovecharemos mejor, y, por lo tanto, es lógico que sean nuestras». Y así, mediante el engaño o la violencia, nos ha ido siendo arrebatado todo lo que teníamos. Nuestras reservas han ido siendo cada vez más pequeñas y pobres. En este momento, ya no tenemos más remedio que pelear o morir.

La muchacha asintió con una lenta cabezada.

La voz de Águila Negra era clara, firme y sobre todo sincera. No era la voz de un hombre que trata de engañar. Palpitaba en ella todo el dolor y toda la decepción de un pueblo.

El apache continuó:

—De todos modos, no he podido evitar que se cometieran tropelías y desmanes. Lo que ansío es acabar esta guerra. Pero ya ha visto que el ejército no me da ninguna oportunidad. Incluso han pagado a un asesino para que me mate.

—¿Kerrigan?

—Sí. Kerrigan, ese hijo de loba.

La muchacha se estremeció.

Aquello era lo que más le interesaba de todo lo que había dicho Águila Negra.

—¿Es cierto que él ultrajó y asesinó a su hermanita? —preguntó.

—Sí, desgraciadamente, es cierto.

—¿Cómo lo sabe?

—Muy sencillo. El la pidió en matrimonio, pero no se la di.

—¿Por qué?

—En parte, porque Kerrigan siempre ha vivido de su gatillo, y era, por tanto, un indeseable. En parte, porque se trataba de un hombre blanco, y los de mi raza hubieran visto con malos ojos el que le entregara a mí propia hermana.

—Ustedes se quejan de ser maltratados, y ustedes son más racistas que nosotros —dijo duramente Pamela.

—Es cierto. Tan cierto, que estuve a punto de abandonar la jefatura de la tribu. Pero no se pueden deshacer en un día las costumbres de muchos siglos, y por lo tanto, hube de resignarme. Eso, sin embargo, no hubiera perjudicado para nada mis relaciones con Kerrigan, de no haber ocurrido lo que ocurrió.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Él deseaba a mí hermana de todos modos, y la raptó. Dos días después, apareció salvajemente ultrajada. Estaba tan terriblemente nerviosa, que no podía ni hablar. Sólo entendimos que, para defenderse, había logrado herir a su atacante en el pecho con un cuchillo, dejándole una marca que no se borraría nunca.

—Eso de bien poco iba a servirles —musitó la muchacha.

—En efecto, de bien poco iba a servirnos porque además ya sabíamos que el culpable era Kerrigan. Lo que hice yo entonces fue ordenar que lo buscaran a cualquier precio y que le dieran muerte. La siniestra muerte apache, que consiste en ser arrastrado por dos caballos salvajes. Pero las canalladas de ese hombre no habían terminado aún. Él sabía que, a nuestro modo, nosotros somos legalistas, y que no le condenaríamos, tras haberle capturado, si mi hermana no pronunciaba concretamente su nombre. ¿Qué hizo entonces?… Pensando salvarse, la asesinó. Uno de mis centinelas pudo ver cómo Kerrigan irrumpía en la tienda donde ella estaba custodiada y le clavaba un cuchillo en el pecho. Luego, sé la cargó a hombros y se la llevó para hacer desaparecer el cadáver. Desgraciadamente, el centinela había sido inmovilizado antes, y no

pudo evitar nada.

Pamela Winter había contenido la respiración.

Acostumbrada a la vida de Washington, aquel relato, lleno de violencias y de situaciones miserables, la impresionaba.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para preguntar, con un soplo de voz:

—¿Y no han encontrado su cadáver?

—No, nunca, a pesar de que hemos buscado bien. Pero ello se explica, por la inmensidad de esta tierra, y porque Kerrigan habrá sabido ocultarlo bien. Sabe que, sin esa prueba, no podemos condenarle legalmente.

—De todos modos, ustedes piensan matarlo…

—Lo desharé cuando caiga en mis manos —dijo secamente Águila Negra.

—Pero él podría pedir al consejo de la tribu que no se le condenara, en el caso de ser capturado, ¿verdad?

—Exactamente. Él sabe que nosotros somos muy meticulosos con las pruebas, y que damos más garantías incluso que los tribunales de los hombres blancos. Pero tenemos la declaración del centinela. De poco le serviría todo lo demás.

—Pero entonces, siendo él culpable, ¿por qué no se ha alejado para siempre de esta tierra? —susurró la muchacha.

—Ya se había alejado, pero ahora le han ofrecido una jugosa recompensa para que me dé muerte. Y ese tipo no abandona un dólar, una vez ha clavado los dientes en él. El dinero es lo que más ambiciona en el mundo. Estoy seguro de que ha venido aquí, jugándose la piel, porque cree que va a hacerse rico.

—Se equivoca, Águila Negra. Está claro que Kerrigan no ha hecho nada para matarle a usted.

—Porque no ha podido. Porque, además, es un cobarde y no se arriesga a meterse en según qué terrenos.

—De un modo u otro —dijo Pamela Winter—, el coronel Churchill, ya le ha dado el puntapié. El contrato que tenían para que Kerrigan le eliminara a usted, ha quedado roto.

—Pero para Kerrigan. Si él ya no tiene que matarme a mí, yo, en cambio, sí que tengo que matarle a él.

La muchacha palideció.

Porque se dio cuenta de varias cosas dispersas que, sin embargo,

tenían un solo y siniestro significado.

Primera cosa: Ahora el ejército estaba lejos de nuevo.

Segunda cosa: Los apaches ocupaban prácticamente la ciudad.

Tercera cosa: Por lo tanto, Kerrigan estaba acorralado y estaba también perdido.

Tartamudeó:

—¿Va… a… acabar con él?

—Para eso he vuelto.

—Pero no puede… no puede hacerlo así, asesinándolo a sangre fría…

—A sangre fría mató él a mí hermana.

—¿Qué trata de hacer, Águila Negra? ¿Situarse al nivel de un asesino?

—No —dijo él, riendo quedamente—. Yo nunca haré eso. Yo daré a Kerrigan una oportunidad de defenderse.

—¿Quiere decir que no le atacará por sorpresa?

—No. Usted le avisará: usted le dirá que voy por él. Quiero darle la oportunidad de morir como un hombre.

Pamela asintió débilmente.

Pero ¿por qué sentía aquel profundo dolor? ¿Por qué le hería tanto el pensamiento de lo que le pudiera suceder a Kerrigan?

Por un momento, pasó por su mente la idea de avisarle para que huyese.

Pero Águila Negra pareció adivinar su pensamiento cuando murmuró:

—No sé qué siente usted por ese miserable, pero no trate de decirle que huya. Mis hombres tienen vigiladas todas las salidas de Lander. A ese perro sólo podría salvarle la llegada del ejército, pero Churchill no regresará, al menos en dos días. Un pequeño grupo de mis guerreros se está dejando perseguir y reventando así a los soldados, mientras el grueso de mis fuerzas descansa en la ciudad.

Pamela se dio cuenta de que aquel hombre sabía aprovechar el terreno mucho mejor que Churchill, y de que éste no lograría vencer (aunque al fin venciera) hasta que llegaran refuerzos en forma masiva.

—De acuerdo —musitó—, le avisaré.

—Le ataremos dentro de diez minutos. Y le aconsejo que cierre los ojos cuando el asesino de mi hermana sea arrastrado por dos

caballos salvajes.

Pamela Winter hundió la cabeza.

Ya no sabía qué pensar.

Hubiera deseado huir bien lejos de allí, y olvidar aquello para siempre.

Pero eso era justamente lo único que no podía hacer, de modo que salió en silencio de la casa para dirigirse hacia el saloon, donde sin duda, encontraría a Kerrigan.

En efecto, lo encontró.

Y también encontró al mayoral de la diligencia, que estaba sentado sobre una mesa, y se daba a todos los demonios:

—¡Condenados apaches! ¡Ya están otra vez aquí, y yo sé lo que va a ocurrir!… ¡Querrán liquidarnos a todos, pero juro que les daré trabajo! ¡Al primero que atrape, le clavaré seis balas en la barriga! ¡Si aún está vivo, le aplastaré la cabeza con la campana de la iglesia! ¡Y si aún no la ha diñado, le ahogaré en un barril de *whisky*!

Spencer daba saltitos en torno a él. El mayoral lo apartó de un manotazo.

—¡Y usted, largo de aquí, mosquito! ¡No se ponga pesado! ¡No moleste o le ahogaré en un barril de *whisky*!

Pamela Winter estaba muy pálida.

Se detuvo en el umbral, mientras susurraba:

—Spencer, ¿no se ha movido usted de aquí?

—No, señorita Winter. He estado contando las botellas.

—¿Todavía?

—¡Hip! Todavía. Aunque me den asco, he de cuidar de ellas. Son propiedad del Gobierno de Estados Unidos.

—¿Y cuántos hay?

—Cincuenta y ocho.

Pamela decidió olvidar aquel detalle, que al fin y al cabo no tenía importancia, dado el dramatismo de las circunstancias en que se hallaban.

—Voy a darles un consejo —musitó—. Salgan todos de este edificio cuanto antes; váyanse bien lejos. Los apaches lo atacarán antes de diez minutos.

El mayoral lanzó un gruñido.

—Eso es justamente lo que estoy esperando. Y en cuanto agarre a uno de ellos, le… le…

—Sí, ya sé. Le mete en un barril de *whisky* hasta que se ahogue. Pero no estamos ahora para bromas, amigo. Le juro que es cierto que los apaches van a atacar. Como la cosa sólo va por Kerrigan, es conveniente que ustedes se larguen de aquí. Pero obren aprisa, porque la cosa es más grave de lo que parece. ¡Sólo nos quedan unos minutos!

Confirmando las palabras de la muchacha, oyeron en aquel momento un trote de caballos.

Los apaches estaban tomando posiciones.

Todos miraban hacia la puerta, todos parecieron captar en el aire aquel presagio de muerte.

La palidez de la muchacha ya se había vuelto cerúlea.

Pero su voz sonó tranquila, al susurrar:

—Háganme caso; no pierdan tiempo. Yo voy a hablar con Kerrigan.

El mayoral bisbiseó:

—Entonces, quizá no tenga usted tiempo de huir, señorita.

—Ése es asunto mío —dijo Pamela. Y subió la escalera.

Encontró a Kerrigan en el pasillo. El pistolero se disponía a bajar. Parpadeó al ver a la muchacha, y durante unos segundos la contempló con preocupación, como si adivinara lo que ella iba a decirle. Pero luego sonrió alegremente.

—¿Qué pasa, Pamela? ¿Malas noticias?

—Me cuesta creer lo que dicen de ti, Kerrigan.

—Hum… ¡Dicen tantas cosas! Pero supongo que no habrás venido para eso.

—No. He venido a traerte un mensaje de Águila Negra.

—¡Vaya! ¡Qué alegría!

—Faltan unos minutos para que sus hombres ataquen esto, con todas sus fuerzas. Quieren tu cabeza.

—¿Y te envía a ti para darme esa buena noticia?

—Dice que no quiere matarte como a un perro. Que te da una oportunidad para defenderte.

—Muy amable…

—Águila Negra es un hombre noble. Hace la guerra procurando causar el menor daño posible.

Kerrigan rió quedamente.

—Veo que te ha convencido… Pero ahora yo quisiera enseñarte

algo sobre los procedimientos de los apaches. Ven.

La llevó a la propia habitación de Pamela.

A través de la ventana, la muchacha vio algo que la llenó de un helado horror. Tres hombres blancos habían sido atados por los pies, cabeza abajo, en un porche. Bajo sus cabezas, a muy poca distancia, había tres cacerolas de barro.

Pamela no acababa de entenderlo, aunque lo presentía. Bisbiseó:

—¿Quiénes son?

—Stanley y dos de sus pistoleros. Los apaches han podido capturarlos.

—¿Y… y qué?…

—Ése es un suplicio que, como ves, «honra» mucho a tu amigo Águila Negra. Las cacerolas de barro están destapadas, y en cada una de ellas duerme una serpiente de cascabel. Los indios les han dado leche con un flojo somnífero mientras las transportaban. Ahora, las serpientes despertarán y saldrán de sus vasijas… para encontrarse con las caras de esos hombres. No vivirán ni un minuto para contarlo. Pero el suplicio es horrible, porque verán desperezarse a las serpientes… Los tres verán que la muerte, una muerte horrible, se acerca a ellos poco a poco.

La muchacha sentía que se ahogaba. Preguntó con un soplo de voz:

—¿Y tú por qué no disparas, Kerrigan?

—Porque sólo conseguiría desperezar antes a las serpientes. Y porque quiero reservar mis energías y mis balas para salvar a aquella pobre muchacha. Mira.

Le señaló hacia el otro lado de la calle.

Allí tenía lugar una escena repugnante.

Cuatro apaches transportaban en volandas a una muchacha blanca. No era la que Kerrigan besó en su habitación, pero se le parecía, por lo joven, bonita y hasta provocativa. La habían amordazado para que no gritase, y la estaban depositando sobre una gran pila de paja. Sus intenciones estaban tan claras, que Pamela sintió una náusea.

Kerrigan musitó:

—Ya ves que Águila Negra no combate con armas de una excesiva nobleza. Si esperas tres minutos, verás lo que sucede. Y te advierto que los que llevan a esa pobre chica no son unos

cualesquiera. Uno de ellos, el de los ojos más oblicuos, es Tigre Loco, el lugarteniente. Supongo que te acordarás de que él fue quien se llevó a caballo a su jefe, cuando ya estaba medio groggy, después de su pelea conmigo.

Pamela asintió.

Recordaba a aquel hombre perfectamente. Pero con los nervios a flor de piel, no pudiendo soportar más aquello, gimió:

—¡No consientas que lo hagan! ¡Dispara de una vez, maldito! ¡Dispara!…

Kerrigan curvó los labios.

—Menos bromas, muñeca. ¿Qué crees que pensaba hacer?

Y movió el revólver.

Fue algo fulminante.

Fue algo tan rápido, tan certero como la muchacha no recordaba haber visto nunca.

Los apaches eran cuatro, y tres cabezas se abrieron, al recibir el contacto del plomo. El otro logró arrojarse al suelo a tiempo, y escapar gateando, aunque Kerrigan le hizo una rozadura en una pierna. El único que logró huir con vida fue Tigre Loco. Los demás quedaron tendidos para siempre en la paja, mientras la muchacha se libraba de la mordaza y huía desesperadamente.

Pamela Winter estaba muda de horror.

Pero aún le quedaba ver lo peor. Aún le quedaba por ver a las serpientes, a las que los disparos habían despertado bruscamente.

Sus repulsivas cabezas aparecieron a la vez. Los hombres colgados lanzaron al unísono un grito de muerte.

Kerrigan giró el revólver.

Pero cuando las cabezas de los ofidios volaron, su obra destructora ya estaba realizada. Sólo a uno de los bichos pudo matarlo enseguida, con la única bala que le quedaba en el cilindro, pese a que ya, para entonces, había mordido la cabeza de su víctima. Antes de disparar contra los otros dos, hubo de recargar el revólver. Mató a las serpientes, pero ya entonces era demasiado tarde.

Pamela Winter estaba como petrificada por el horror.

Se había llevado las manos a los oídos, sujetándose la cabeza angustiosamente.

—Ahora va a empezar la fiesta —dijo—. Águila Negra ordenará

a sus hombres que ataquen.

En efecto, la orden debía haber sido dada, porque se oyó el galopar de varios caballos.

Y una traca furibunda de disparos sonó en la planta baja.

Kerrigan murmuró:

—Tápate los oídos y métete debajo de una cama, muñeca. Ha empezado la fiesta.

CAPÍTULO XIV

¡A POR ÉL!

Kerrigan no había perdido la serenidad. Seguro que tenía mucha experiencia en situaciones parecidas, porque daba la sensación de que todo aquello incluso le divertía un poco.

Se asomó levemente por la ventana.

Tres apaches al galope pasaban debajo de ella.

Kerrigan disparó tres veces, y los tres jinetes saltaron de sus caballos, sin enterarse de que morían.

Mientras tanto, los de abajo se defendían bien.

El mayoral demostraba que sabía tratar a los hombres igual que a las mulas. Se había apoderado de un rifle, y escupía plomo en todas direcciones. Algunos apaches que habían avanzado con exceso de confianza, lanzaron alaridos de muerte.

También Spencer disparaba, por lo visto, porque se oyó el crepitar de un segundo rifle. Pero lo único que haría Spencer sería alcanzar por la espalda al mayoral, sin querer, como éste se descuidase.

En cuanto a Derby, no se sabía dónde paraba.

Pero Kerrigan confiaba en que intervendría a tiempo.

Y en que quizá los soldados oirían el tiroteo organizado en la ciudad, aunque ellos era muy difícil que llegaran a tiempo de hacer algo positivo.

Bajó por las escaleras, a toda velocidad.

Dos apaches llegaban al galope hacia las ventanas del saloon.

Pretendían entrar con caballos y todo, arrollando lo que encontraran a su paso.

Y lo consiguieron. Arrollaron todo lo que encontraron a su paso, tras entrar por dos ventanas distintas. Lo malo para ellos fue que «encontraron» también dos balas.

Kerrigan había disparado desde el pie de la escalera.

Spencer estaba parapetado tras la barra.

Parecía dispuesto a defender hasta la muerte… las botellas propiedad del Gobierno de Estados Unidos.

Kerrigan recargó el revólver.

No se podía arriesgar a quedarse sin balas cuando los apaches iniciaran un ataque masivo. Claro que, por el momento, se limitaban a disparar desde el otro lado de la calle, mientras tomaban posiciones.

Pronto sabrían —si es que no lo sabían ya— que sólo tenían dos enemigos enfrente. Y entonces se lanzarían a fondo.

Kerrigan gateó hasta donde estaba el mayoral.

—¿Cuántos son? —susurró.

—No lo sé… Yo los veo en todas partes… Pueden ser setenta u ochenta.

—No es que quiera desanimarle, pero seguro que son más —dijo Kerrigan—. Yo apostaría a que pasan de cien.

—Pues estamos listos…

—Sólo tenemos una esperanza —musitó Kerrigan.

—¿Cuál?

—Que el coronel Churchill oiga los disparos, y decida volver con la Caballería hacia aquí.

—¿El coronel Churchill? Je, je… A la distancia a que ahora debe encontrarse, seguro que no oye nada. Águila Negra ha calculado bien la hora del ataque. Una hora en que nadie puede interrumpirle…

Mientras los dos hombres hablaban, las balas iban entrando espaciadamente en el local, haciendo polvo los pocos cristales que aún quedaban. También saltaban algunas botellas, y cada vez que una de ellas se hacía añicos, Spencer crispaba las facciones como si le hubieran clavado un alfilerazo en las tripas.

El mayoral masculló:

—Por ahora se limitan a observarnos, pero en cuanto vengan… ¡en cuanto vengan, los ahogo a todos en un barril de *whisky*!

—Nos ahogarán a nosotros en nuestra propia sangre, amigo —

dijo tranquilamente Kerrigan, como si la cosa no fuera por él. Y de pronto, gritó—: ¡Cuidado, ahí están!

En efecto, tres apaches más se lanzaban al ataque mientras disparaban rabiosamente con sus rifles. Entre el mayoral y Kerrigan, les enviaron una nube de plomo. Los tres se retorcieron y cayeron junto al porche, mientras lanzaban alaridos de muerte.

Pero a Kerrigan le extrañó un ataque tan ingenuo.

Eso sólo podía significar una cosa:

Habían querido llamar su atención mientras el verdadero ataque tenía lugar por otro lado.

Se volvió instantáneamente, y supo en aquel momento que su vida y su muerte estaban separadas sólo por una fracción de segundo. Dos apaches más estaban ya en la baranda del piso superior. Uno de ellos acababa de arrojar la lanza, con un impulso rabioso.

El pensamiento de Kerrigan fue tan rápido como la acción. Se ladeó mientras la punta de la lanza le atravesaba la camisa por el hombro izquierdo.

Su revólver crepitó dos veces.

Todo estaba ocurriendo en centésimas de segundo, con una alucinante rapidez, como en una pesadilla donde el tiempo no existiese.

Los dos apaches lanzaron al unísono un alarido, que pareció brotar de una misma garganta.

La baranda cedió bajo el peso de sus cuerpos. Éstos se desplomaron sobre la planta baja, haciendo astillas el piano.

Algo voló entonces por el aire.

Kerrigan tardó unos instantes en darse cuenta de que era un cuerpo humano. La velocidad de aquel tipo resultaba increíble. El apache llegó hasta la lámpara central, se colgó de ella, tomó nuevo impulso, dando a aquella lámpara un movimiento de péndulo, y cayó sobre Kerrigan, mientras blandía un cuchillo en la derecha.

La hoja de acero hendió el aire, arañó la garganta de Kerrigan y fue a perderse sobre el barniz de una de las mesas. Kerrigan se había ladeado a tiempo, y demostró ser tan rápido como su enemigo. Cuando éste volvía a asestar un golpe, el pistolero ya le había propinado un terrible puntapié al estómago, enviándolo al otro lado del saloon.

Allí cayó bajo la «jurisdicción» de Spencer.

Spencer tenía una botella en la mano, y la empleó como si fuera un obús de artillería. Bruscamente, la descargó sobre la cabeza del apache, que cayó hacia atrás con la caja craneana hundida. Spencer le miró, horrorizado, después de comprender que ya no se levantaría nunca más. Y le pareció increíble que él pudiera haber hecho aquello.

Pero estaba defendiendo su propia piel. Se la arrancarían a tiras, en cuanto los apaches entraran en masa allí, cosa que iba a suceder inevitablemente dentro de unos minutos.

Kerrigan miró, preocupado, hacia arriba.

No sabía dónde estaba la muchacha ni lo que podía haber sido de ella.

Pero pronto tuvo otras cosas en qué pensar. Ahora, una verdadera nube de apaches atacaban de frente. En contra de su táctica habitual, de moverse con cautela y dosificar las fuerzas, ahora estaban lanzándose a la carga como si sus reservas de hombres fueran inagotables. No cabía duda de que Águila Negra estaba empezando a ponerse nervioso.

Kerrigan y el mayoral dispararon de nuevo hasta agotar todas las balas que había en sus recámaras. Los apaches cayeron en confuso montón, sin llegar a las ventanas. Sólo uno de ellos entró, pero el mayoral lo desnucó de un terrible culatazo. Otro pasó por debajo de los batientes con la agilidad de un gato, y se lanzó a la carga, mientras de su garganta partía un grito salvaje.

Kerrigan le envió la lanza que había quedado clavada en una de las mesas.

—¡Aaauuug!…

El rugido gutural hizo que todo el cuerpo del apache se estremeciera, mientras intentaba arrancarse la lanza clavada hasta el fondo en su pecho. Pero, de repente, las fuerzas le fallaron, cayó de rodillas y terminó hundiéndose de bruces en el suelo.

Durante algunos segundos, se produjo una relativa calma, una calma que Kerrigan empleó para preguntar:

—¿Dónde demonios se habrá metido Derby?

El mayoral se pasó el dorso de la mano por la boca, mientras vigilaba atentamente la calle tapizada de cadáveres.

—Puede que esté muy cerca de aquí, y queriendo acercarse —

murmuró—. ¡Pero cualquiera viene!

Kerrigan gateó sobre sus codos hasta colocarse casi debajo de una de las mesas.

Su instinto le dijo que iba a llegar otro ataque de arriba, por donde los apaches podían moverse fácilmente. Y no se equivocó. Tres sombras más se deslizaron junto a la rota barandilla sigilosamente.

No vieron a Kerrigan, pero él les vio a ellos perfectamente. Disparó desde debajo de la mesa, teniendo esta vez todas las ventajas en su mano. Se oyeron tres alaridos confundidos en uno solo, y sus tres enemigos cayeron estruendosamente escaleras abajo.

El pistolero paseó su mirada por todo el saloon, por si había nuevos peligros.

Y vio a Spencer.

Spencer estaba bebiendo de una botella con tanto entusiasmo como si fuese la última cosa que hiciera en su vida.

Y puede que tuviera razón. Cuando cayera en manos de los apaches, iba a tener que beberse algo así como su propia sangre.

Kerrigan barbotó:

—¿Eso mismo has hecho con las botellas que faltaban?

—Hip… Cla… claro que sí… Nadie puede… ¡Hip! Acusarme por eso. Son propiedad del Gobierno de Estados Unidos. Y yo… ¡hip!… las he depositado en el estómago de un fiel funcionario del Gobierno. En mi estómago, aquí presente…

Y se lo palmeó en el instante en que una bala le arrancaba cabellos de la cabeza.

Menos mal que se había encogido un poco, porque, de lo contrario, el plomo le deja sin frente. Trató de alzar la botella de nuevo, para darse ánimos, y otra bala se la llevó por delante.

—¡Malditos! —aulló Spencer—. ¡Estáis destrozando las propiedades del Gobierno!

—Ten cuidado, no te estropeen el «depósito» de esas propiedades —dijo Kerrigan, señalándole el estómago.

Y miró de nuevo hacia arriba, donde, por el momento, no aparecía nadie. Se había producido un instante de calma, que duró apenas unos segundos. Inmediatamente, otra oleada de apaches se lanzó al ataque.

Esta vez buscaban el golpe definitivo.

Eran más de veinte.

Parecían llegar desde todas partes: desde las paredes, desde el suelo, desde el aire.

El mayoral había recargado su rifle, y Kerrigan había recargado su revólver. Los dos dispararon rabiosamente y a mansalva, sin apuntar, sabiendo que con cada bala causaban una nueva víctima. Y la verdad fue que no fallaron ninguna. En un tiempo récord, disparando con una velocidad pasmosa, gastaron once balas y tumbaron a once hombres. Pero los nueve restantes entraron por la puerta y las ventanas del saloon, con la fiereza incontenible de las olas durante una tempestad.

Eran nueve contra dos. La pelea ya estaba lista. Todos blandían sus puñales y sus hachas de guerra.

Kerrigan recibió con los dos pies al primero que se le venía encima. Y lo envió al aire, haciendo que se estrellara contra una de las paredes.

El mayoral rompió su rifle, partiéndolo en dos contra la cabeza de otro.

Los dos se defendían salvajemente, pero nada podían hacer contra siete enemigos a la vez. Y hubieran caído prisioneros o muertos si en ese momento no llega a aparecer Pamela Winter en lo alto de la escalera.

Pamela Winter pasó por encima de los cadáveres y utilizó la única arma que en aquel momento estaba en sus manos. Un quinqué de petróleo encendido que arrojó contra las cabezas de los apaches.

Uno de ellos lanzó un terrible alarido cuando la lámpara estalló materialmente encima de él convirtiéndole en una antorcha humana. Saltó hacia atrás, mientras los que estaban fuera le cubrían inmediatamente con una manta para apagar el fuego.

Los otros se detuvieron, indecisos, durante algunos segundos. Eso fue bastante para que Kerrigan saltara detrás del piano, que volcó sobre uno de sus enemigos, el cual avanzaba moviendo el cuchillo en zigzag. Se oyó un alarido de muerte.

Spencer, sentado en el suelo, había disparado con el rifle a boca de jarro. No podía fallar porque tenía el enemigo a menos de dos yardas. Uno de los apaches, alcanzado de lleno en el estómago, se estremeció y dio un traspié para quedar al fin doblado sobre el

alféizar de una de las ventanas.

Los otros saltaron hacia atrás. Por un momento, el pánico les dominó. Veían muertos por todas partes, y tuvieron la extraña sensación de estar luchando contra un ejército de superhombres.

Kerrigan los vio huir, pero no se hizo demasiadas ilusiones. Volverían. Aun habiendo sufrido más bajas de las que los apaches podían soportar, no dejarían con vida a aquellos enemigos. Precisamente, los muertos que aquello les estaba costando, harían que no cejaran en su empeño.

Kerrigan tendió un rifle al mayoral, que lo cazó al vuelo.

—¿Cómo estás de plomo?

—¡Aún me queda!

Kerrigan recargó febrilmente el «Colt». Y en aquel momento oyeron en la calle una voz que conocían bien, la potente voz de Águila Negra:

—¡Atrás todos! ¡No quiero más muertos! ¡La cuestión es entre Kerrigan y yo, y la vamos a resolver nosotros solos, de hombre a hombre!…

El mayoral rechinó los dientes.

—Va por ti, Kerrigan. Quiere arrancarte la piel a tiras, en una fiesta particular suya.

Kerrigan no parecía preocupado por eso. Se puso en pie, mientras barbotaba:

—¡De acuerdo, Águila Negra! ¡Ven aquí, con todas las plumas puestas! ¡Te las voy a arrancar una a una, antes de afeitarte el pico!…

CAPÍTULO XV

SORPRESA HASTA LA MUERTE

Sabía que Águila Negra no toleraría aquellos insultos, y que vendría a buscar su piel. Aparte de los motivos que el jefe apache tenía para desear su muerte, sólo faltaba esto.

Todos los combatientes se habían apartado.

Sólo quedaban los muertos, como mudos testigos de la tragedia.

Águila Negra apareció entre ellos, armado de su hacha de guerra. No llevaba ninguna clase de armas de fuego ni parecía necesitarlas. Aquélla iba a ser una lucha a muerte, hombre a hombre y cara a cara, en la que cada uno de ellos tenía que ver el blanco de los ojos de su enemigo.

Kerrigan soltó también el «Colt».

Y dijo al mayoral:

—Quieto, amigo. Nada de disparar. Esto es cosa mía.

Tomó el hacha de unos de los muertos.

Iba a emplear la misma arma que Águila Negra. Iba a luchar con su mismo estilo. Susurró:

—Cuando quieras, macho…

Su tono burlón sacó de quicio a Águila Negra.

Éste se lanzó al asalto, blandiendo el hacha, mientras de sus labios escapaba un grito salvaje. Pero, a pesar de su furia, no perdió la astucia que le había convertido en el más temible guerrero apache.

Pareció ir a atacar por la izquierda, pero en realidad atacó por la derecha.

Kerrigan estuvo a punto de caer en la trampa. Se ladeó en la

última fracción de segundo, casi a destiempo. El hacha se le llevó toda la manga izquierda y le produjo en el brazo una pequeña herida. La sangre corrió hasta la mano.

Kerrigan se defendió del único modo que podía.

Tenía a su rival frente a él.

Le propinó un terrible rodillazo al bajo vientre.

Águila Negra se estremeció. Pero aunque otro hombre hubiese caído al suelo, aullando de dolor, él aguantó y siguió atacando.

Ahora su hacha venía a media altura.

Kerrigan saltó hacia atrás, derribando una de las mesas y dando casi una vuelta de campana.

Lo curioso era que él no había atacado aún. Era Águila Negra el que se estaba lanzando a fondo.

Desde las ventanas, los apaches se habían convertido en testigos de excepción. La mayor parte de ellos gritaban de entusiasmo.

El hacha del indio se volvió a alzar.

Y se hundió inútilmente en las tablas, junto a la cabeza de Kerrigan.

Águila Negra masculló:

—¡Yo te destrozaré, maldito! ¡Te destrozaré como tú destrozaste a mi hermana!

—¡Águila Negra, maldito carcamal! ¡Lo único que quiero es hablar contigo!

—¡Yo hablo con el hacha!

—¡Si acepté venir aquí, fue para encontrarme contigo!…

El hacha volvió a alzarse.

—¡Infiernos! ¡Si querías hablarme, podías haber venido a Yuma!

—¿Sí, eh? ¡Imbécil, se me hubieran quedado allí! ¡Yo me había escapado de Yuma cuatro años antes!

La frase no hizo que el viaje del hacha se detuviera. Águila Negra la descargó con toda su energía salvaje. Pero en el momento de hacerlo, Kerrigan, ya lo había enviado por los aires con otra flexión de su cuerpo. El apache se estrelló contra una de las puertas del pasillo. ¡Contra la puerta maldita!…

Pero ésta no estaba cerrada del todo.

La puerta se había entreabierto.

Y en ella apareció una mujer.

Una mujer que no produjo la menor sorpresa en Kerrigan, pero

que desencajó las facciones de Águila Negra. Una mujer que cortó en seco la respiración del jefe apache. Una mujer que le hizo lanzar un grito indescifrable.

Porque ella era… ¡era su propia hermana!

¡Era la hermana de Águila Negra!

El hacha resbaló entre los dedos del indio. Los ojos de Pamela Winter también estaban desencajados. No salía de su sorpresa, ni sabía qué pensar. En cuanto a todos los que estaban abajo, parecían haberse convertido, de repente, en estatuas. Guardaban un silencio casi religioso.

Águila Negra se puso en pie, tambaleándose.

No se atrevió a tocar a la mujer.

Debía parecerle una aparición.

—Pero tú… —farfulló—, tú, Kerrigan, ¿has estado viviendo con ella?

—La he estado custodiando, que no es lo mismo. Me he preocupado de que no le ocurriese nada malo; de encarrilarla de nuevo en la vida, después de la terrible prueba que sufrió.

—Pero tú… ¡tú la ultrajaste!

—Ése es un estúpido error, Águila Negra. Uno de los estúpidos errores que has cometido, por fiarte de las apariencias. Yo no la había tocado. Cuando me encontrasteis estaba junto a ella, tratando de ayudarla, después de haberla ultrajado otro.

—¿Quién?

—No lo sé. No pude verlo. Sólo sé que la muchacha necesitaba desesperadamente ayuda.

—¡Pero tú huiste!

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que me quedase a discutir con tus hombres? ¿Es que no conoces a tus apaches? Después de hacerme picadillo, tal vez se hubieran disculpado. Pero no creo que eso me hubiese servido de gran cosa.

Águila Negra seguía estando atónito.

Daba la sensación de que no sabía qué pensar.

Por eso se aferró a sus viejas convicciones, al gritar:

—¡Tú la apuñalaste y te llevaste su cadáver!

—Amigo mío, ya ves que el «cadáver» está aquí, y no tiene mal aspecto del todo. Con el puñal no le produje más que una leve herida. La hoja de acero estaba impregnada del jugo de hierbas

somnífero que vosotros mismos empleáis para vuestras operaciones. Sencillamente, la dejé anestesiada. La rapté, sin hacerle ningún daño.

—¿La raptaste? ¿Para qué?…

—Sencillamente, porque ya no podía vivir entre vosotros. Porque vuestra estúpida moral es tan rígida que no admite a una mujer impura, aunque la hayan hecho impura a la fuerza. Ella me había confesado que estaba al borde del suicidio, y por eso la saqué de allí, ya sabes que nos unía una buena amistad. Pero la tuvo que sacar en contra de su voluntad, ya que estaba tan aterrorizada que, de otro modo, no me hubiera seguido.

—Pero ¿qué perseguías con eso?

—Sencillamente, salvarla. Ya te he dicho que estaba desesperada y al borde del suicidio.

—¿Y por qué la has tenido contigo tanto tiempo?

—Porque buscaba al hombre que la ultrajó. Porque quería vengarla. Confiaba en que ella me lo señalaría un día y me diría: «Ése fue». Pero nunca hemos tenido suerte en ese sentido. Hasta ahora, ella no ha vuelto a encontrar al hombre que destrozó su vida.

Las facciones de Águila Negra, que durante unos momentos se habían dulcificado, volvieron a endurecerse. Sus labios dibujaron una mueca cruel.

—Pero durante todo ese tiempo… —masculló, sin terminar la pregunta, aunque dejando una clara suposición en el aire.

—No le he tocado un pelo de la ropa, Águila Negra —musitó Kerrigan—. Ella puede confirmártelo. Ha sido sagrada para mí.

—¿Y por qué la escondías?

—Para evitar líos unos líos muy peligrosos; si alguno de tus guerreros llegaba a verla.

Águila Negra cerró un momento los ojos. Sus facciones, por fin, parecían reflejar la paz, una paz que durante años no habían conocido.

—Y ahora, retira a tus guerreros, Águila Negra —musitó Kerrigan—. Retira a tus hombres, hermano apache, y vuelve a la reserva. Yo sé que tú no has iniciado esta rebelión, y que si te has puesto a su frente ha sido por conservar el honor de tu raza. Pero esta lucha no sirve de nada. A la larga, el ejército os vencerá. Si os retiráis ahora, yo me comprometo a obtener del coronel Churchill, y

luego del Gobierno, una paz beneficiosa para vuestro pueblo.
Águila Negra le miró fijamente.
Conocía bien a Kerrigan. Sabía que era sincero. Kerrigan no le había engañado jamás.
Y estuvo a punto de hacer el gesto decisivo, una simple afirmación que para él equivalía a la más solemne firma de un tratado.
Pero en aquel momento se escuchó una especie de rugido.
Un hombre avanzó, despegándose de los guerreros apaches que contemplaban en silencio la escena.
Aquel hombre no era ningún cobarde.
Pero quizá nadie le había conocido bien aún.
Kerrigan le miró a la cara.
—¿Qué quieres, Tigre Loco? —masculló.
—Sólo una cosa: Águila Negra no devolverá a su pueblo a la reserva. La guerra seguirá hasta el fin.
—Tú no eres quien debe decidir eso, Tigre Loco. Tú no eres el jefe ni lo has sido nunca. Y si quieres a tu pueblo, reconocerás que es mejor firmar un tratado de paz.
—¡Eso no se hará nunca!
Kerrigan entrecerró los ojos.
Y de pronto, una chispita pasó por ellos.
—Tal vez ahora entienda muchas cosas, Tigre Loco —musitó.
—¿Qué cosas?
—En primer lugar, los desmanes que se han cometido los has ordenado tú, no Águila Negra. En segundo lugar, esperas sacar un beneficio personal de todo esto. ¿Quién te ayuda? ¿Quién te dio la idea de organizar una verdadera sublevación? ¿Quizá algún rico traficante de armas? ¿Alguien que quería vivir con la sangre de tu pueblo? ¿Fuiste tú quien tuvo la idea de asesinar al ranchero Manson, para que la paz fuera imposible? ¿Tú, Tigre Loco? Pero ¿quién te ayuda?
El apache no contestó.
Con los ojos desencajados de odio, se arrojó sobre Kerrigan, blandiendo su cuchillo de desollar.
Kerrigan no esperaba el ataque. En el primer momento, pareció sorprendido y dio la sensación de que Tigre Loco iba a acabar con él. Sólo en la última fracción de segundo se apartó, mientras la hoja

de acero pasaba tan cerca de su cuerpo que le desgarraba parte de la camisa. Las dos manos de Kerrigan se movieron entonces. Cayeron de canto sobre los riñones del apache.

Éste se estremeció de dolor.

Durante unos segundos todo su cuerpo se convulsionó en el aire.

Kerrigan no perdió el tiempo. Movió la derecha, enviando hacia arriba un gancho tan cortante como el filo de una guillotina. El terrible «sssssgggg» hizo que parpadearon todos. Tigre Loco lo recibió de lleno, y cayó hacia atrás, con las facciones desencajadas y cubiertas de sangre.

Pero no estaba vencido. Al contrario, era ahora cuando tenía más posibilidades de matar.

Kerrigan se había confiado un momento. Tenía la derecha bien lejos del revólver cuando el apache, que llevaba uno al estilo de los hombres blancos, remetido entre la camisa y el pantalón, lo extrajo con un brusco movimiento. Sus dientes chirriaron con odio.

Tenía todas las posibilidades de vencer. Había pillado desprevenido a Kerrigan. Su índice derecho se cerró sobre el gatillo.

Y en ese momento, se oyó un grito de dolor.

El grito de lacerante dolor de Tigre Loco, al ser hendido su cráneo por el hacha que le había lanzado Águila Negra.

Kerrigan suspiró con infinito cansancio.

Miró al jefe apache con gratitud.

—Nunca podré pagarte esto, Águila Negra —dijo el joven—. Me has salvado la vida.

Y por un momento, pensó que todo había terminado. Que al fin imperaría la paz.

Pero se equivocaba como se había equivocado en otras cosas. Porque por una de las ventanas de la planta inferior asomó el cañón de un rifle, apuntándole a la cabeza.

—¡Atrás, Kerrigan!

Era Pamela la que le había avisado. Kerrigan se ladeó en la última fracción de segundo, moviéndose instintivamente. La bala le rozó la cabeza, y fue a empotrarse en una de las paredes, desconchando brutalmente la capa de yeso que la cubría.

Y entonces vio cosas que no hubiera creído ver jamás. Por sus ojos desfilaron algunas imágenes sin conexión, sin sentido, como desfilan en las pesadillas.

Vio en primer lugar el rostro desencajado de la hermana de Águila Negra, que gritaba, señalando hacia abajo:

—¡Es él! ¡Él!…

Había tanto dolor en su voz, en el gesto de su boca, que no hacían falta más palabras. Aquello era por sí solo una terrible acusación.

Y vio abajo, con el rifle en las manos, a alguien que no esperaba ver de aquel modo: ¡a Derby!

Derby se disponía a disparar otra vez.

Y en aquel instante, brutal, definitivo, Kerrigan comprendió muchas cosas.

Comprendió que Derby había tenido las mayores facilidades para hacer lo que hizo con la muchacha.

Comprendió por qué ella no le había acusado. Mientras vivió con la tribu, porque los apaches hubiesen creído que ella había consentido voluntariamente, dada su relación con Derby. Mientras estuvo con Kerrigan, por no atreverse a romper una amistad que le parecía sagrada, y, además, porque no había vuelto a ver a Derby cara a cara.

Pero en este instante terrible, era la voz de su sangre la que hablaba por ella.

Ahora, cuando pensaba que Kerrigan tal vez iba a morir, decía la verdad…

Pero Kerrigan se movió con más rapidez de la que ella había imaginado. Disparó desde la cintura con un gesto fulminante. No tiró a matar porque no quería acabar con Derby, ni mucho menos, pese a saber ahora quién era, y pese a dar por descontado que él, junto con Tigre Loco, había provocado la sangrienta rebelión apache. Derby, alcanzado en un hombro, giró sobre sí mismo, con un grito de dolor. A toda prisa, se despegó de la ventana, mientras varios apaches se disponían a saltar sobre él.

Corrió hacia los caballos, en un intento desesperado por huir.

Kerrigan rugió:

—¡No tiréis!

Derby logró saltar sobre uno de los caballos, uno de los pocos que tenían estribo, porque los apaches solían cabalgar sin ellos. Pero al intentar pasar la otra pierna sobre la silla, la herida le hizo fallar. Todo su cuerpo se dobló. Cayó hacia atrás, mientras lanzaba

un grito de pánico.

El caballo, aterrorizado también, se había puesto a galopar. Los apaches, pese a su estoicismo y frialdad, lanzaron un grito. Derby estaba siendo arrastrado por el caballo. Sus aullidos de dolor llenaron la calle.

Kerrigan trató de saltar. Sabía que ya era inútil intentar algo, pero no quiso darse por vencido.

Águila Negra lo detuvo. Su mano, dura como el acero, se clavó en su pecho.

—Es inútil —musitó—. Y, además, lo ha querido el destino. Caso de ser condenado, Derby habría sido arrastrado por dos caballos salvajes.

Kerrigan cerró un momento los ojos.

Todo aquello le parecía… ¡tan imposible, tan absurdo!

Pero era espantosamente lógico.

Descendió lentamente lo que quedaba de las escaleras, hacia la planta baja del saloon.

Águila Negra había estrechado entre sus brazos a su hermana, que lloraba mansamente sobre su pecho.

Pamela se encaró con Kerrigan.

—Amigo —dijo—, como representante del Gobierno de Estados Unidos, quiero hacerte una pregunta.

—¿Una pregunta? ¿Sobre qué?…

—Sobre algo que interesa al Congreso.

—¿Al Congreso?…

—Bueno, me interesa a mí, ¡qué diablos! ¿Quién era la ninfa que estabas besando cuando yo os sorprendí? ¡No era la hermana de Águila Negra! ¡A mí no me la pegas!

Kerrigan sonrió.

—Bueno, eso es sencillo de explicar —dijo—. Sabía que me espiabas, y no quería que descubrieras la verdad. Por eso me puse de acuerdo con una bailarina que, con un pequeño grupo, había llegado a la ciudad. Las otras también han sido vistas por aquí… Lo curioso es que la chica besaba muy bien, pero que muy bien…

Pamela apretó los labios.

Y no se portó lo que se dice como un miembro del Congreso de Estados Unidos.

Masculló:

—Sí, ¿eh?

Y soltó un guantazo a la mejilla de Kerrigan. Éste no se inmutó.

Tendió las manos. Sujetó a la chica.

Tampoco él se comportó como uno debe comportarse ante una representante del Congreso.

La besó a su modo. La besó hasta hartarse.

Y como la del Congreso se estaba calladita… Mientras tanto, Spencer estaba insultando al mayoral, que aún sostenía su rifle.

—¡Burro! ¡Cebollo! ¡Camello! ¡Lagartija!

El mayoral se acercó a él, con cara de ir a comérselo crudo.

—Pero ¿qué estás diciendo, renacuajo? ¿Insultarme tú a mí? ¿Sabes lo que va a ocurrirte? ¡Te partiré en pedazos! ¡Y si aún vives, te entregaré para que te devoren los cerdos que crían los apaches! ¡Y si aún no la has diñado, te ahogaré en un barril de *whisky*!

Spencer gimoteó:

—Pues por eso te insulto, animal… ¡Para que me ahogues en un barril de *whisky*!

FIN